

862.8
T2553a
v.7
no.27

Qual es el Mayor Aprecio
del Descuido de una Dama.

Bances Candamo

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY



THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

~~668.8~~

~~435556~~

~~v.7~~

~~30.27~~



a 00003 477785

**This book must not
be taken from the
Library building.**

--	--	--



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

COMEDIA FAMOSA.

QUAL ES EL MAYOR APRECIO
DEL DESCUIDO DE UNA DAMA.

LA JARRETIERA.

DE D. FRANCISCO BANCES CANDAMO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Eduardo, Rey de Inglaterra.	*** Juana, Condesa de Salisburg.	*** Morgàn, Criado.
Enrique de Montgomerri,	*** Milardi Enriqueta, Dama.	*** Zerbin, Criado.
El Duque Norfiorcia.	*** Fenisa, Criada.	*** Musica.
Ricardo, Galàn.	*** Nise, Criada.	*** Acompañamiento.



JORNADA PRIMERA.

Despues de la Musica, suenan caxas, y clarines à un lado, y al otro ruido de caza.

Musica. **A**L triunfo de Eduardo, à el Tameis aneguen, à vagas poblaciones, Gondolas, y Javeques, rompiendole la tèz à las espumas los clarines, que musicos gorgeen.

Dent. Juana. Llega à tierra, que àzia aqui del Rey la barida viene.

Dent. Milardi. Tomemos todas venablos, siguiendo confusamente el estruendo de la caza.

Uno. Al llano el bruto descien de.

Dent. Rey. Seguidle àzia la ribera.

Todos. Al llano.

Dent. Juana. Cielos, valedme!

Vàn las Damas con venablos, y plumas atravesado el tablado como en fuga.

Fenisa. Mas à mano estàn mis plantas, à ellas mi temor apele. *Vase.*

Nise. Si yo en mi miedo cupiera, en el pudiera esconderme. *Vase.*

Milardi. Un monte mueve la planta en cada passo que mueve. *Vase.*

Dent. Juana. No hay quien me focorra?

Dent. Enrique. Bruto, la furia velòz suspende, pues ya la vida derramas en roja espuma que viertes.

Dent. Rey. Monteros, acudid todos, que alli voces de muges suenan.

Sale Juana de monte, con venablo, y plumas, buyendo; y ella, y sedas à la Inglesa.

Juana. Ay de mi! que en vano, aun para quexarse, quiere el pecho alentar, si el susto acentos, y passos prende; y tanto, aun para las voces el aliento se entorpece, que entre los labios del pasmo se me ha quaxado el ambiente.

Sale Enrique de cazador, con venablo.
Enrique. Suspende, prodigio hermoso, la planta, de cuya breve huella, la estampa en un solo jazmin, que brota, se pierde; y alienta, que ya el cerdoso

A

bru-

764646

735532

vitt. n. 11

bruto, que aljava viviente
bolantes flechas sacude
del rizo arqueado copete,
su vida vertió à las flores,
à quien tu peligro tiene
del fusto pàlidas, hasta
que à su purpura enrojecen;
pues regadas con su sangre,
florecerá allí su muerte.

Juana. Quièn sino tú, Enrique mio,
tan veloz à focorrerme
llegàrà? Y quièn sino tú
pudiera hacer, que perdièsse
el merito de elegirte,
al destino de no verte?

Enrique. Ay mi bien! essa memoria
guarda para defenderme
con ella de mi discurso,
viendo que à tus ojos buelve
victorioso el Rey; y viendo,
quanto sus ansias corteses
le acreditan de tu amante.

Juana. Si vès mi desdèn, què temes?

Enrique. Que esquivaces apuradas
dexan de ser esquivaces;
pues poderosas porfias,
hasta quando cansan, vencen.

Juana. Gente en mi socorro acude,
y aunque no importa que viesse,
que en tal peligro me hablabas,
haviendo logrado siempre
tan oculto nuestro amor,
que entre mil inconvenientes,
no solo no hay quien lo sepa,
pero ni aun quien lo sospeche:
desmayada he de fingirme
en tus brazos; ya me tienes
en ellos, esta mentira *Desmayase.*
tantas verdades te premie.

Enrique. Què hicieran, prenda adorada,
en mi cuello reverente
tus verdades, si aun así
tus mentiras favorecen?

*Salen el Rey, el Duque, y Ricarte, todos de
Ingleses galanes, con plumas, y venablos.*

Duque. Azia aqui fue:- mas què mito!

Rey. Azia aqui:- mas, Cielos, este
prodigio, no solo el passo,
pero aun la vista detiene,

devorandome el affombro
lo movind de lo viviente!

Den. Milard. Bolved todas, pues ya acude
à nuestro focorro gente,
y al dexarla, ya que así
no se disculpe, se enmiende.

Salen las Damas, y Morgàn.

Fenisa. Aqui està, y bien asistida:
no hayas miedo que viniessen
tan prontos à mi focorro.

Morgàn. Esto es querer, que se afrente
mi valor con su temor,
quando mi acero acomete:
mas, valgame Dios! el Rey.

Fenisa. Mas à mi fuga se debe,
que à su amor.

Rey. Què es esto, Enrique?

Enrique. Señor, gressero accidente,
à precio de una desgracia,
à hacerme feliz se atreve;
tan gran costa à la fortuna
las dichas de un triste tienen.

Milardi. Desmayada al fusto yace:
prima. *Juana.* Ay de mi! *Buelve en sí.*

Rey. Ya amanecen
dos noches en sus dos ojos,
y en sus mexillas enciende
la sangre otra vez las rosas,
que el fusto apagaba en nieve;
mal agujero es de mi entrada.

Duque. Ay de quien todo lo siente!
para otro vive, si vive,
para mi muere, si muere.

Juana. Dònde, Cielos, estoy! *Rey.* Dònde
à tu vista convalece
en todos, Condesa hermosa,
el alma, puesto que al verte,
ni bien muerta, ni bien viva,
en nosotros se detiene
la vida como confusa,
mas que dudosa, pendiente,
entre el fusto con que alientas,
y el temor con que enmudeces.

Juana. Vuestra Magestad, señor,
yo, si:- *Rey.* Aun turbada parece
mas bella hermosura: como
tu imperio evitar se puede,
si hasta los mismos peligros
son de tu peligro afeite?

Juana.

uana. Glorioso Rey Eduardo
 de Inglaterra, en cuyos breves
 juvenes años, las altas
 esperanzas de tus gentes,
 madrugando el tiempo, aun mas
 fructifican, que florecen:
 pues tus primeras hazañas
 han sido tan eminentes,
 que à la fama, y la memoria
 no les dexan ya que esperen,
 y tus prendas, de excessivas,
 desde que nacen no crecen.
 En esta hermosa Alqueria,
 cuyas torres desaparecen
 las piramidales puntas
 de sus altos chapiteles,
 en las agujas de tanto
 ciprés como la guarnece,
 y mas que guarnece, assombra;
 pues siendo fantasmas verdes,
 de sombras de gualdas visten
 negro verdor sus cipreses:
 En esta hermosa Alqueria,
 que sediento de las fuentes,
 y ambicioso de las flores,
 que bordando sus ribetes,
 transforman en aguas de ambar
 sus bulliciosas corrientes,
 en lugar de retratarla,
 el Tamesis se la bebe:
 el general Parlamento
 el hospedage os previene
 donde esteis, en tanto que
 perfectas en Londres queden
 las prevenciones del triunfo
 con que recibiros quiere,
 quando bolvais victorioso
 de tanras armadas huestes,
 como el Rey David de Escocia
 por nuestras campañas riende,
 por nuestras cumbres derrama,
 à cuyo peso eminente
 todos los montes se exprimen,
 y de su impulso proceden
 los minerales que brotan,
 los manantiales que vierten.
 Mi prima Enriqueta, y yo,
 ocupabamos la fertil
 vaga poblacion frondosa

de sus confusos vergeles
 esta Primavera, donde
 Enrique, cuyos pinceles
 tanto à la naturaleza
 en lo que imitan exceden,
 que parece que à los dos
 producen lo que les mienten;
 pintaba una galeria,
 cuya historia à sus paredes,
 en coloridos idiomas,
 voz para los ojos diese.
 Viendo, pues, que en este bosque
 la inclinacion os detiene
 de la caza, como son
 las Cortes tan impacientes
 con la pereza, en aquella
 noble ansia de ver sus Reyes,
 se despuebla Londres toda;
 porque el Tamesis se puebla
 de nadantes galerias,
 en Gondolas, y Javeques,
 que al aire sobre las velas
 errantes pensiles rejen,
 de quien fueron los matices
 rendales, y gallardetes.
 En ellos todas las Damas
 la undosa tez transparente
 del rio rompen, y bordan
 de blancas espumas leves,
 ò ya la quilla las rija,
 ò ya el aire las crespe:
 de musicas, y clarines
 se pueblan acordemente
 los aires, haciendo, quando
 ecos con ecos se encuentren,
 que, hiriendo como impelidos,
 alhaguen como cadentes.
 Mi prima, y yo, en quien à nadie
 la lealtad nativa cede,
 en una Gondola entramos
 tan asqua de oro, que temen
 aun los cristales del rio
 à sus luces encenderse,
 segun herida su popa
 à tanto reflexo ardiente,
 quanto al Sol concibe en visos,
 al agua en incendios buelve.
 De vuestros Monteros vimos
 baxar confusos tropelès

por la ribera, y creyendo,
 que con ellos estuvieſſes,
 terciando todas venablos,
 cuyos acerados temples,
 aun mas el temor adornan,
 que el ànimo fortalecen;
 ſalimos à tierra, quando
 de aquel ribazo deſciende,
 como que precipitados
 tràs ſi los montes trajefſe,
 en los hombres que le acofan,
 y en los canes que le muerden,
 un Eſpin, tan erizado,
 que ſu giro le defiende,
 cerrado eſquadron de picas,
 y ſaètas, con que ſuele
 dar muerte, quando ſus pùas,
 à quantos ſe le oſuſieren,
 ò ya vibradas enriſtre,
 ò ya diſpatadas fleche.
 Sediento, y herido al agua
 iba, y yo paſmada al verle,
 di primero voces, luego
 ni aun de ellas pude valerme,
 y enmudeci, porque el ſuſto
 hizo, que à un yelo rebelde,
 aun el aliento quaxado,
 la respiracion eſtreche,
 y en nudo de bulto acabe,
 por mas que en ſuſpiro empiece:
 huye al corazon la ſangre,
 viſtiendo de palideces
 el miedo en el roſtro, y tanto
 la turbacion en mi crece,
 que hizo, que aun para la fuga
 las plantas ſe me congelen,
 prendiendome el piſſo, con que
 haciendo que el rieſgo eſpere
 el no reſolverme à huirle,
 pareciò que era atreverme
 à eſperarle cara à cara:
 ò quàntas, ò quàntas veces
 del cobarde ha parecido
 la reſolucion valiente!
 Todas me dexaron, quando
 llegò Enrique diligente,
 llamado de mi peligro;
 y bien que el bruto eſgrimieſſe,
 ya de ſu greña las puntas,

y ya el maſfil de ſus dientes,
 eſcupiò en ſangre la vida,
 ſonando el viento à los fuertes
 impulſos de ſu venablo;
 porque al furor que le impele,
 aun antes el viento gima,
 que el bruto herido ſe quexe.
 Acudiòme luego, quando
 al pavor que me eſtremece,
 haciendo, que aun con la planta
 el aliento titubee,
 ſocorriendo al corazon,
 los ſentidos desfallecen
 en un deſmayo, de quien
 cobrada llego à ofrecerme
 à tus plantas, deſde donde
 en feſtivos parabienes
 de ſu victoria, en tus manos
 mi lealtad rendida ſelle. *Arrodillaſe.*

Rey. Alzad del ſuelo, divino
 prodigio, que eſtà indecente
 à mis plantas tu hermoſura,
 por mucho que ella me eleve,
 haſta donde à humanos ojos
 la altura me deſvaneeſe.
 Mal huvieſſe, amen, la caza,
 y mal el aſan huvieſſe,
 que en el ignorado acaſo,
 à ſu coſta me divierte;
 pues robò el ſuſto à los ojos,
 en ſus labios, y en ſu frente,
 los ampos à los jazmines,
 la purpura à los claveles.
 No mas caza, no mas monte,
Arrija el venablo.
 y nadie à mi viſta quede
 con las venatorias armas,
 que ſu peligro me acuerden;
 pues fuerza es, que à mi amor tanto
 el ſuſto le repreſente,
 que ſiempre que ſe repita
 recelarè que ſucedè.

• No en vano, Enrique, en mi agrado
 tanta eſtimacion adquieres:
 no en vano tu habilidad
 peregrina pudo hacerte
 Pintor de Camara mio,
 por mas que eſtrangero eres
 en mis dominios: no en vano

mi inclinacion mudamente
me avisò , que tu valor
se reservò para hacerme
tan gran servicio ; porque
naturaleza prudente,
à gran fin en un fugeto
sus altos dones conviene.
Toma esta joya , no tanto
por imaginar que premien
tantos luminados astros,
como su esfera guarnecen
tu accion , como porque viendo
quanto ella à mi premio excede,
que es superior tu hidalguia
à mi grandeza , confiesse.

Enrique. Señor , que sea forzoso,
que à fuerza del poder ferie
mis finezas , permitid
que lo escuse , pues no puede
fer acreedor vuestro aquel,
que executa lo que debe.
Qualquiera que allí se hallàra,
era forzoso que hiciesse
lo mismo ; el llegar mas presto
no es hazaña , sino fuerte,
y de una fortuna , bien
premiado està el que la tiene.

Rey. Tomad , y no repliqueis,
que compite con los Reyes,
quien sus favores no admite,
y en cierto modo los vence,
quanto và de que dè el rico,
à que el que no lo es desprecie.

Dale una joya.

Enrique. Vivais dilatados siglos.

Morgan. Hombre , toma , y no aconsejes,
que el primero que inventò,
que los Principes de allende
solo con palabras paguen,
es digno de que le quemem.

Enrique. Por què ?

Morgan. Porque èste introduxo
moneda falsa ; si adviertes,
que palabras de señores,
con ser moneda corriente,
tienen poca ley ; pero oy
ninguna mas liga tiene.

Juana. Ya que vos , por ser en fin
magnanimo , solamente

os mostrais agradecido,
no estrañarèis que se muestre
deudora la interessada:
(ocasion es de que temple *ap.*
con este favor los zelos,
que en dones el Rey embuelve)
Enrique , esta joya mia,
(el decir mia os empenè
à no escusarla) esta joya,
mi afecto es bien que os entregue,
no en premio , sino en señal,
que mi gratitud ostente ;
pues quien empieza à pagar,
parece que ya agradece. *Dale otra joya.*

Enrique. Porque vuestra mano:-

Duque. Enrique,
esta joya , ya me entiendes,
esposo he de ser de Juana,
cortès , y discreto eres. *Al passar.*

Enrique. Esto solo me faltaba.
Milardi. En vano tù te resuelves
tomar prenda de otra Dama,
que no sea para ofrecermè
à mi. **Enrique.** Otro escollo! **Juana.** Tomad.

Enrique. Potque vuestra mano dexè
premiado , aun mas el deseo
de mis rendimientos fieles,
que la accion , la tomo , en fè
de que en su valor se infiere,
que quien os queda deudor,
tambien obligado os quede:
por vuestra tomo la joya,
y porque ocasion me ofrece
de competir de un Monarca
heroicas esplendideces,
sin que ofenda el competirle.

Rey. De què suerte ? **Enrique.** De esta suerte.
Esta joya , gran señor,
en pago à daros se atreve
mi amor , de la que me disteis:
ved como reusar puede
vuestra grandeza el tomarla,
ni quièn dirà , que no vence
mi dàdiva à vuestro dòn,
sin que vuestras altriveces,
de que yo os pague una joya,
puedan , señor , ofenderse.

Rey. Solo tu cortesania
pudo hacer , al excedermè,

La Farretiera de Inglaterra.

obligarme Astro brillante,
cuyos carbunclos ardientes,
sin duda de sus dos ojos
diafanos rayos aprenden,
desde oy vendràs à influirme.
Vos, señora, pues me tienen
vuestro galàn declarado
las libertades corteses

de nuestra Nacion, en donde
nos permiten los desdenes
de las mas ilustres Damas,
que en saraos, y banqueres,
en passeos, y asambleas
nuestro afecto las corteje,
sin que el melindre al recato
los escrupulos afecte,

pues nunca lo cariñoso
olvida lo reverente;
permitid que de galàn
cumpla con todas las leyes,
pues un joven Rey marcial,
cuyo espiritu se enciende
en las militares glorias,
que le dan tantos laureles,
no està airoso sin amor,
que las empreffas fomenta.

Y así, tomad mis carrozas,
porque bolvais brevemente
à la Quinta à repararos
del susto, en tanto que llegue
yo à ceñir de un bruto airoso
el furor en los borrenes,
porque por el viento, unido
à vuestro estribo me lleven.

Dadme un cavallo: ay amor, *ap.*
quando juzguè que supiesen
los aires de la campaña
este ardor desvanecerme,
à sus ojos mas vencido,
despues que venci, me buelves! *Vase.*

Duque. La joya diò al Rey: amor, *ap.*
dexa los zelos crueles,
que entre las cortesanas
del Rey, me has hecho que encuentre,
y desde el discurso al alma
son enfortijadas sierpes. *Vase.*

Juana. Que una joya de su Dama *ap.*
al Rey, Enrique le dièsse!
sin mi estoy! *Morgan.* Que mi amo sabe

su poquiro de alcahuete,
dando la joya! en fin, no hay
ninguno que no se ingenie;
pues ellos llaman amigos
à los que este oficio exercen,
sin que haya de estos à estotros
cosa que los diferencie,
sino el mal nombre, que sirve
de infamar à los pobretes.

Nise. Morgan, de mi ama un recado
tengo para ti, si puedes
escapate de èl. *Morgan.* Si harè.

Milardi. Porque en otro coche entre,
donde llegar pueda Enrique,
bien serà que à ellos me acerque
antes que llegue mi prima. *Vase.*

Juana. No crei, que vos hicièsseis
(mucho serà que delante *ap.*
de Fenisa no rebiente
mi enojo! mas de la cifra
me valdrè, si se ofreciere
cosa oculta) no creyera,
que el desdoro en vos cupièsse,
de dar prenda que yo os di,
con accion ran indecente,
como daisela à mi vista.

Enrique. Ni yo crei, que tuviesseis
en esto mas que reñirme,
señora, que agradecerme.

Juana. Yo agradeceroslo? *Enrique.* Si,
porque bien claro se infiere,
que si me quiso pagar
el que yo la vida os dièsse,
con una joya, que airado
me obliga el poder que acepte,
y hacer à tan poco precio
mi fineza suya quiere;
quien à costa de otra joya,
bien que joya vuestra fuesse,
la rescata, dà à entender,
que en ningun precio la vende;
y así, señora, por mas
que vuestro ceño se altere,
quedeme à mi la fineza,
y la joya al Rey le quede.

Juana. No es mas, que una prenda mia
vuestra traicion enagene,
que no que el Rey de pagar
vuestra fineza, me alegue

la fineza? *Enrique*. No señora, porque si mejor se advierte, es una alhaja la joya, que aunque por prenda se tiene, mas de dádiva en su precio, que no de favor embuelve, y no importa tanto, que èl una dádiva confereve vuestra, como una fineza, que à vuestros ojos hiciese; y pues la joya le paga, nada el cariño le debe.

Fenisa. Ya tengo que sepa el Rey.

Morgán. Ya tengo cosa que cuente à Enrique; pues de mi amo, por mis ciertos intereses, espia à latere soy de quanto hablare, y dixere.

Juana. Mucho se declaró en esto: solo mi decoro sienta, que al Rey se diese mi prenda, y no ser vos quien la dieseis; porque què me importa à mi, que vos seais lo que fuereis? (ay de mi!) que iba à decir, *ap.* ingrato, falso, y aleve. *Sale Ricardo*.

Ricard. El Rey, señora, os aguatda.

Fenisa. Ricardo. *Ricard*. Di.

Fenisa. Luego verme puedes. *Ricard*. Si harè.

Fenisa. Pues lo pagan, parlatè quanto supiere, y aun de quanto imaginare le bordare su ribete.

Juana. Vamos, y en honor del Rey, à quien el Orbe se estreche, à ser en su redondèz digno circulo à sus sienas, otra vez en los cristales los dulces coros alternen.

Vanse, y quedan Enrique, y Morgán.

Musica. Al triunfo de Eduardo, &c.

Enriq. Astros bellos:- *Morgán*. Soliloquio? yo escapo como un cohete, en tanto que en sus idèas extatico se divierte, à hablar quanto aqui he visto: ya ha hallado mi calle, de Enriqueta en los oídos,

para que mas me recree, la piedra filosofal, ignorada tantas veces, pues las palabras de estotro ella en plata me convierte. *Vase.*

Enrique. Astros bellos:- *Sale Zerbin*.

Zerbin. Solo à fin de verte, esperè encubierto, à que dexassen desierto todo este monte. *Enrique*. Zerbin? à mis brazos bien venido seas. *Zerbin*. Requeibros à mi? no parare mas aqui.

Enriq. Por què? *Zerb*. Porque he colegido, que me espera gran trabajo, pues mi lealtad sufrirà el gran chasco que traerà à las ancas tu agassajo: que quando se llega à vèr, que trate con mucho amor à un criado su señor, es porque le ha menester.

Enrique. Siempre de humor has de estàr?

Zerbin. Desde que las afustaste, y de Escocia te ausentaste, no me quedò que gastar otra cosa; y pues llamado vengo, y cartas recibì, quando ignoraban de ti todos, què puerto has tomado, què fortunas has corrido, ni à donde estàs? di à què fin necesitas de Zerbin, ò à què efecto soy venido?

Enrique. Desde que quiso mi suerte darme, con injusta ley, por enemigo à mi Rey, por una tragica muerte, que disculpar quisè en vano, por ser en un lance, donde enojè tambien al Conde de Montgomerri, mi hermano. De un Monarca perseguido, y de un destino ultrajado, de deudos desamparado, de patria destituido; me vi obligado à la ausencia, haciendo en mi adversidad norte la casualidad,

La Jarretiera de Inglaterra.

destino la contingencia,
 que à Inglaterra me condujo,
 donde me suspendió el passo,
 porque fue quizá este acaso
 consultado con mi influjo.
 Ya sabes quanto en mi edad
 primera el arte exercí
 de Pintor, donde adquirí
 tal grado de habilidad,
 que por sí sola se hacia
 ella estimar, de manera,
 que para ser la primera,
 no hubo menester ser mia.
 Aquí, pues, con ocasion
 de hacer en su Corte asiento,
 lo que fue divertimiento
 antes, hice profesion;
 y en tan noble habilidad
 con que he adquirido riqueza,
 desnudo de la grandeza,
 hago inmensa vanidad
 de ser honrado por mí,
 sin que nada haya heredado,
 pues para estar estimado
 me sobra lo que nació.
 Pintor de Camara he sido
 del Rey, y por el primor
 de mis lineas, à este honor
 entre todos escogido.
 No pienses que exercitara
 mi generoso ardimiento
 este puesto tan contento,
 si amor no me disculpàra,
 haciendo al mas alto honor
 los exercicios capaces,
 que ennoblecen los disfraces
 los disimulos de amor.
 La hija del Senescal,
 que en Escocia Embaxador
 fue, y el milagro mayor,
 prodigio mas celestial;
 pues amor, porque despojos
 fuyos los mortales vea,
 quanto aun no cupo en la idèa,
 supo abreviar en los ojos:
 un dia en Escocia, yendo
 de nuestra Quinta al Jardin
 à un prevenido festin,
 por ir los coches corriendo,

el Cochero, que en enojos
 à los demàs atropella,
 bolcandole el coche à ella,
 les quebrò à todos los ojos.
 Lleguè al focorro el primero,
 uniendo en el trance esquivo
 ternezas de compasivo,
 à leyes de Cavallero:
 donde rompiendo embarazos
 entre horror, y confusion,
 del riesgo la precision
 hizo corteses los brazos,
 que de puerto la sirvieron
 en el golfo de sus llantos;
 (ò quantos dichosos, quantos,
 riesgos de Damas hicieron!)
 porque quando mas sañudo
 el desdèn en ellas crece,
 la desgracia favorece
 à quien la suerte no pudo.
 A la Quinta la llevè,
 donde cortès la asisti,
 en el riesgo la servì,
 del susto la reparè,
 aun sin llegarme à inclinar;
 pues tan niña era à mi ver,
 que entonces fue amanecer,
 lo que aora es abrasar.
 Vila en Inglaterra aora,
 y en el zenit de su vida
 la perfeccion ya crecida,
 que le apunraba à la Aurora;
 oy de la casualidad
 renovada aqui la gloria,
 lo dulce de esta memoria
 se hizo luego voluntad.
 Què de veces imagino,
 por quan ignorados passos,
 aun de olvidados acafos,
 è influjos, hace el destino!
 Yo en efecto la servì,
 ella en fin me conociò,
 y aquello que se acordò,
 supò interceder por mí;
 porque para la victoria
 de su esquivia libertad,
 hallò ya mi voluntad
 sobornada su memoria.
 El secreto la encarguè

de quien soy, fiando de ella
 lo inflexible de mi estrella,
 mi adversidad la conté:
 y así vencí su rigor,
 pues con tierna falsedad,
 aun se pasó la piedad
 à la vanda del amor.
 A causa de esta hermosura
 mi grandeza disfrazada
 està, ofreciendome entrada
 el arte de la pintura,
 para ver la gloria mia
 con libertad, y à este fin,
 aora estoy en su Jardín
 pintando una galeria.
 No tengo de quien fiarme,
 que en cosa tan arriesgada,
 ni à criado, ni à criada
 he querido declararme
 en mi secreto constante;
 porque hay el inconveniente
 del Rey, que públicamente
 hace gala el ser su amante.
 Y aunque este es afecto ocioso,
 que no puede subsistir,
 no es cordura competir
 la pasión de un poderoso;
 en cuya suerte importuna,
 siempre en su opinión sería
 contra su soberanía
 delito el tener fortuna.
 Demàs, que capitulado
 de Noisforcia el Duque està
 con ella, y su padre ya
 el casamiento ajustado
 dexò, aunque por aversion
 ella el dilatarlo esfuerza,
 sin que la obediencia tuerza
 su severa condicion.
 No ha havido cifras estrañas,
 ni ocultas tintas ha havido,
 con que no haya introducido
 con cautelas, y con mañas
 los papeles, y cobrado
 respuesta à tiempo oportuno,
 sin fiarme de ninguno;
 porque Morgàn, un criado,
 que en Londres he recibido,
 si su genio conjeturo,

poco callado, y seguro
 à mi amor ha parecido.
 Con acciones naturales,
 que en una conversacion
 poco reparables son,
 por ser à todos casuales,
 una cifra he discurrido,
 con que sin sospecha hablèmos;
 aunque cercados estèmos
 de todos, y persuadido
 de tu nativa lealtad,
 te llaman las ansias mias:
 ya te acuerdas, que tenias
 peregrina habilidad
 en fingirte mudo, pues
 para este fin te he llamado:
 leal eres, y callado,
 quanto valgo tuyo es.
 Mudo, pues, te has de fingir,
 y si la cautela passa,
 en Palacio, y en su casa
 te podràs introducir:
 con tu industria, à ella podràs
 hablar de mi, y como así
 no se guardaràn de ti,
 creyendote sordo, oiràs
 quanto de ella el Rey hablàre,
 el estado de su amor,
 quanto el poder, ò el rigor
 para mi ofensa intentàre.

Ya la cifra te darè,
 porque en un riesgo preciso
 me puedas dar el aviso,
 sin hablarme, y sin que dè
 sospechas de ti el descuido,
 que mis recelos mejora.
 Vamos à la Quinta aora,
 donde el Rey havrà llegado;
 sin que traicion haya sido
 la que intenta mi valor,
 que en la guerra, y en amor,
 todo ardid es permitido.

Zerbin. Pues vamos allà, señor,
 que mudo me fingirè
 para tu intento, y serè
 un mudo tan hablador,
 que aunque tú por tus locuras
 à mi voz silencio pones,
 hablarè en gestos, y acciones

por todas mis coyunturas.

Enrique. Yo con ella te darè introduccion ; mas primero que todos te vean , quiero fingirte mudo , porque no dèn sospecha al entrar en su casa por mi mano.

Zerbin. Anda , que es recelo vano mi entrada , señor , dudar : haz cuenta que està lograda , que en casa de la grandeza , jamàs à quien vâ à ser pieza le pudo faltar la entrada. *Vanse.*

Sale Juana con un papel , y descubrese un lienzo , y recado de pintar.

Juana. La ultima cifra de Enrique , despues que tengo estudiadas tantas como en el discurso de nuestro amor hizo , y tantas como en tintas invisibles , en equivocas palabras , y en obscuros caractères nuevos avisos disfrazan : la ultima cifra de Enrique es esta , que en la ordinaria cifra que me escribe , quando de darme papeles halla ocasion , escrita viene , y su clave aqui explicada : quiero repassarla à solas en esta florida estancia , en tanto que de la Corte besamamos embarazan al Rey , y que en el concurso mi prima està embelesada.

Lee. Todo cariño , que quieran decirse Galàn , y Dama , serà componiendo el pelo : y todo desdèn , ò rabia , serà tentarfe las sienes , como que acafo se haga : jugar con el abanico , ò estufilla , descuidada , serà accion de pedir zelos : y en el Galàn los señala alzar un poco el sombrero , la cinta , ò pluma que traiga : satisfaccion de los zelos , serà el passar por la cara

toda la mano al descuido , como que es ilusion vana . Preguntarse si se quieren , serà en accion alternada , la Dama en el abanico , y el Galàn en la coibata : el no , se dirà en la oreja ; el si , se dirà en la barba ; en la nariz se pregunta si enojado , ò enojada està ; què tiene , en la ceja ; que està malo , ò està mala , refregandose los ojos : toda pregunta que enlaza , como quien , por què , de què , en la cabeza se haga , discurrendo la pregunta conforme lo que se habla . El Rey se explica en la frente ; el Duque rocar la manga ; al decir Ricardo , el pecho ; y Enriquera , la garganta . En el dedo mas pequeño , la persona està cifrada del criado ; en la muñeca , qualquiera de mis criadas : el dedo del corazon , à la Dama nos declara ; y el dedo indice al Galàn . No leo mas , porque es muy larga la cifra , y muy ingeniosa , y en cortas señas abraza quanto la conversacion de amantes mas dilatada puede ofrecer sin sospechas ; pues reducida se halla à acciones , que por casuales no pueden ser reparadas : solo lo que he menester , es ingenio para hablarla , supliendo à veces el verbo con que se unen las palabras . El vendrà ya à profeguir las pinturas empezadas de esta galeria , que se discurreò por dar traza de vernos. *Sale Morgàn.*

Morgàn. Que una vez , que un hombre que hablar traiga ,

no haya encontrado à Enriqueta por jardines, ni por salas!

Si mas el hablar detengo, me han de dar mas de mil balcas:

porque un secreto es gusano, que royendo las entrañas, con un oculto bullicio, hasta vomitarle escarba:

valgate Dios la Enriqueta! pero (ay de mi!) aqui està Juana;

este encuentro riene azar, yo escapo. *Juana*. Morgàn, aguarda:

para què à Enriqueta buscas?

à espacio, desconfianzas. *ap.*

Morgàn. Otra nueva tentacion?

què tenga un hombre esta falta de no poder callar cosa!

Juana. Dilo. *Morgàn*. Mucho aprieta.

Juana. Acaba.

Morgàn. Señores, ya no es posible,

porque me và dando arcadas,

y un secreto es gran miseria,

que con todos no se parta,

pues podrido à nadie sirve, y se pudre si se guarda.

Señora, busco à Enriqueta,

porque tan enamorada

està de mi amo la pobre,

que de zelos no descansa;

y porque le diga quanto

hace, dice, piensa, y gasta,

en lo que, porque ella oyera,

quizà yo se lo pagàra,

fino que entre dos deseos

el fuyo mas se adelanta.

Juana. Muerta he quedado! y què vienes

aora à decirla? *Morgàn*. Ya escampa:

à esso no me derendèr,

quede aqui la hoja doblada,

que à moler voy los colores,

pues ya para pintar tarda;

y si es que viene, y contigo

en secreticos me halla,

puede ser, que sembre en mi

mil chichones à patadas;

y no quiero que essa fruta

entre mis costillas nazca,

que mi espinazo no piensa

llevar fruta de sus plantas. *Vase.*

Juana. Ay infeliz! que en amor

tranquilidades no haya!

à quièn una voz al aire

no basta para borrasca?

muerta me ha dexado este hombre!

Sale Milardi. Prima, rù tan retirada

del concurso de la Corte,

que en quadrillas desmandadas

viene à esta Quinta? què es esto?

mucho à los ojos agravia

de quien tu retiro esconde

belleza tan soberana:

triste estàs? què es lo que tienes?

Juana. Esto solo me faltaba: *ap.*

no sè; triste estoy, y à un triste

todo bullicio le causa.

Milardi. Diviertete en la pintura,

que aora de llegar acaba

Enrique à la galeria,

y à mi en extremo me agrada

el ver pintar. *Juana*. Ha traidora! *ap.*

Milardi. Què dices?

Juana. Vamos: què falsa *ap.*

me lleva à lo que deseò,

quando juzga que me engaña!

Descubrese Enrique con paleta, y pinceles,

pintando un lienzo, y Morgàn mo-

liendo los colores.

Enrique. Tarde havemos oy venido.

Morgàn. Si tù te fuiste à la caza;

quièn tiene de esso la culpa?

Juana. Aqui estamos retiradas

mejor, pues ya desde aqui

à verle pintar se alcanza:

retirate aqui conmigo:

con verle mi amor descansa. *ap.*

Milardi. No le ha de hablar si yo puedo. *ap.*

Juana. Li cifra serà la traza. *ap.*

Enrique. Alli se han parado à verme:

aqui la industria me valga

de la cifra que la di,

pues ya la tendrà estudiada.

Và haciendo las señas que señalan los versos,

sin dexar de pintar, y ella hablando con En-

riqueta, las hace tambien con dis-

simulo.

Què tienes, mi bien? en ceja,

y pelo dixo enojada.

Me respondìo en la nariz, *nariz.*

la joya serà la causa,
preguntarèle por què
en la cabeza. *Rasfese la cabeza.*

Morgàn. Pedrada. *el abanico.*

Enrique. Zelos dice el abanico,
confusion es bien estraña.

Milardi. Què te parece lo noble
de este arte? *Juana.* Noble le llamas?
quando es su primor mentir,
ya bultos, y ya distancias?

Milardi. Si, que es noble la mentira,
que à la verdad se aventaja.

Morgàn. Misteriosas las señoras
estàn, y tiemblo al mirarlas:
Ay señores! que un secreto
tantos sustos en si traiga,
que detenido se pudre,
y vomitado amenaza!

Enrique. Otra vez en la cabeza:—

Morgàn. Lo que mi amo se rasca.

Enrique. La preguntare por què.

Juana. Así explicarè mi saña.

Pone la mano en la cabeza, señala el índice, tienta el bobillo, y la garganta.

Enrique. En la cabeza, en el dedo,
el abanico, y garganta,
porque tû à Enriqueta quieres,
me ha dicho en acciones claras.
Quien se lo dixo, en cabeza,
y boca he de preguntarla.

Componese la sortija del dedo pequeño.

Milardi. Què haces?

Juana. Què he de hacer? que tengo
esta sortija apretada. *El dedo pequeño.*

Milardi. Mal tu inquietud disimula
tu mal humor, ò tu rabia.

Juana. Si bien lo supieras. *Enrique.* Bien
el dedo inferior declara,
que este picarò lo ha dicho.

Morgàn. Què me miras?

Enrique. Muele, y calla,
que si à vista no estuvieras
de quien tu traicion ampara,
yo te hiciera que otra vez
à la Condesa contàras
los extremos de Enriqueta.

Morgàn. El Flos Sanctorum me valga:
este hombre tiene demonio,
porque ni de alli se aparta

la Condesa, ni con otro
le ha podido avisar nada:
no parare aquí un instante,
demoñuelo de moatra,
que en llevar chifmes empleas
toda tu diablura, aguarda,
veràs, que en agua bendita
toda mi boca se baña,
porque de ella no te atrevas
à coger ni una palabra. *Vase.*

Enrique. Con la mano por el rostro
procurarè asegurarla
de que es mentira.

Passase la mano por el rostro.

Milardi. El criado
hizo señas de que vaya
siguiendole, algo hay que sepa:
ya vuelvo. *Vase.*

Juana. Traidor:— *Enrique.* Repara,
antes que pierdas el tiempo
en necias sospechas vanas,
en que un mudo que veràs,
un criado es, que en mi Patria
me sirviò, tengo experiècia
de su ardid, y confianza
de sus secretos; y así,
recibele tû en tu casa,
dì que gustas de èl.

Juana. No quiero:

Aleve, falso, pensabas,
que tercera de mis zelos
havia yo de ser causa
de que en mi casa estuviesse
quien pudiera con sus trazas
dar recados, y papeles

à Dama tuya? *Enrique.* Què Dama?

Juana. Enriqueta, yo lo sè.

Enrique. Plegue à los Cielos:—

Juana. Te cansas.

Enrique. Mi bien, mi dueño, mi esposa:—
*Sale por una pueria el Rey, y por otra el
Duque, y se desienen.*

Los dos. Què oigo!

Juana. El Duque: estatua
viva soy! *Enriq.* El Rey: todo soy yelo!
pero la industria me valga:
Mi cielo, mi amor, mi gloria,
mi dulce prenda, mi alma,
y no mi vida, pues ya

està en las postresas ansias,
si tales zelos te di:-
Juana. Desdichas, èl se declara. *ap.*
Duque. Zelos? esto và perdido,
Rey. Cielos, Enrique me agravia!
Enrique. Y si sè de quien los tienes,

supuesto que es aire el aura,
à quien llamo, porque temple
mis fatigas con sus alas,
no vivas mas, que setà
en mi la mayor desgracia,
puesto que mi muerte empieza
por donde tu vida acaba;
dixo Zefalo, mas Pocris
entre sus brazos exhala
la vida, y en negra noche
sus dos luceros apaga.

Aora podeis la pintura
entender, pues ya explicada
la fabula està, de donde
dixo un proverbio à la fama:
que si el aire diere zelos,
zelos aun del aire matan.

Rey. O quanto engaña el oïdo!

Duque. Quanto la aprehension engaña!

Juana. Cielos! èl, sin ver al Duque,
porque le estava de espaldas,
desvaneciò lo que dixo.

Sale el Rey. Què hay, Enrique?

Juana. Què aquí estava *ap.*
el Rey? Cielos, muerta estoy!

Sale el Duque. Señor.

Rey. Duque, què se trata?

Duque. Viendo estava estas pinturas.

Enrique. A la Condesa explicaba
yo esta fabula de Pocris,
y Zefalo, à cuya tabla
oy està dando la brocha
las ultimas pinceladas.

Rey. Y està con gran valentia
la terneza allí explicada
de Zefalo; allí de Pocris
el desmayo con gran alma.

Corrido estoy: que yo hiciesse *ap.*
tan necia desconfianza!

Duque. Que se atreviesen mis zelos
à una sospecha tan baxa!

Dent. Zerbin. Ba, ba, ba.

Dent. Morgàn. Detente.

Sale Zerbin baciendo ademanos de mudo,
y Morgàn deteniendole.

Rey. Què es esto?

Zerbin. Ba, ba. *Morg.* Què ba, ni què baba?

este hombre ha dado en entrarfe,
haciendo mil pararatas
hasta aqui. *Duque.* Parece mudo.

Zerbin. La cifra tengo estudiada; *ap.*
y antes de entrar, hizo mi amo,
que viesse todas las caras
de las primeras personas,
què hacen papel en su farsa,
para conocerlas, puesto
que hablando el criado estava
quando entrè con Enriqueta:
con la industria comenzada
se lo avisarè, ba, ba, ba.

El dedo inferior, y la garganta, y labios.

Enrique. El dedo inferior señala,
y la garganta, y los labios:
esto es que Morgàn hablaba
con Enriqueta. *Rey.* Haced, Duque,
que den, si à esso fue su entrada,
à esse hombre alguna limosna;
y vamos, que despachadas
han de quedar las consultas:
O Magestad ignorada!

què esplendida servidumbre
es la vida de un Monarca! *Vase.*

Juana. No quiero otra vez quedar me
con èl: fortuna airada,
quando dexarà de ser
una ansia el fin de otra ansia? *Vase.*

Duque. Por señas dirè que venga.

Zerbin. Ba, ba. *Vanse.*

Morgàn. Ya le dà las gracias,
con ba, ba, lleva el dinero,
por cierto que es linda maula.

Enrique. Picaro, còmo te atreves,
saltando à mi confianza, *Dale.*
à ser hablador? *Morgàn.* Señor,
yo no le he dicho palabra
de ti à la Condesa. *Enrique.* Aora
con Enriqueta no estabas
hablando de mi? *Morgàn.* Esso mas?
à èl le dice quanro passa
el diablo: Jesus mil veces!
si tù de aqui no te apartas,
còmo lo sabes? *Enrique.* Villano,

en tí mi colera airada
vengarè. *Morg.* Señor, señor, *Agarrale.*
que me ahogas, que me matas,
que me quemèn, si aquí otro
secreto à voces no anda.

Enrique. Amor, duelere de mí,
buelve una vez por tu causa,
no hagas siempre la fortuna
à las verdades desgracias.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Ricardo, y Fenisa.

Ricardo. Absorto quedè de oírte.

Fenisa. Lo que te he contado es cierto,
y así, al Rey puedes decirlo:
no pude, por mas que he hecho,
saber quien sea de mi ama
este galàn encubierto;
mas que ella està enamorada,
es sin duda. *Ricardo.* Quièn siguiendo
nuestros passos viene?

Fenisa. El mudo. *Sale Zerbin.*

Ricardo. No importa à nuestro secreto,
pues es forçdo. *Zerbin.* Sealo el diablo,
que à muy buena ocasion llego
por oír esta consulta.

Ricardo. Y de què sabes tú esto,
que aseguras? *Fenisa.* De señales,
que acá nosotras tenèmos:
Mira, quando una señora
tray los discursos inquietos,
quando tiene suspensiones,
quando se enoja sin tiempo,
quando està alegre, sin que
nadie sepa por què, y luego
desvanece su alegría,
arreatada de un ceño:
quando no quiere tocarfe,
su poco gusto encubriendo,
con una pereza mansa,
embuelta en un dulce dexo:
quando otra vez se compone
con un estudiado aseo,
haciendo en mudos idiomas
de los colores misterios:
que me quemèn, si el amor,
duende de sus devanèos,

espiritando sus niñas,
no anda en fus ojos bullendo.
Demàs de esto, gusta mi ama
de Comedias, y de versos,
que es otra mala señal;
pues parecidos afectos
se buscan allà en el alma
cierto oculto parentesco.

Ella escribe papelicos,
y los lee, aunque no veo
quien los lleva, ni los trae;
porque algun diablo casero
debìo de hacerles sin duda
passadizo por los vientos,
por no pagar à criadas
de su registro derechos.
Ella, tal vez assigida
està, y si acafo lo vemos,
embayna à medio suspiro
la contera de un resuello.
De tantas contradiciones,
con justa razon infero,
que tiene diablo, ò amor;
porque en el humano cuerpo
de uro, y otro, suelen ser
parecidos los extremos.

Zerbin. Què diestra es la picarona!
puede de casos como estos,
segun es la dueña, hacer
relacion en un Consejo.

Ricardo. Mucho ha de sentirlo el Rey,
si esta noticia le llevo,
que es Monarca, y es amante,
y con justa razon temo,
si à un ofendido se junta
lo amante con lo soberbio;
no quisiera esta sospecha
decirle. *Fenisa.* Pues tú, què riesgo
tienes en decirle al Rey
lo que te ha mandado èl mismo
que averigues? *Ricardo.* Ay Fenisa!
nada aborrecen tan presto
los amantes poderosos,
como à quien fue el instrumento
de que supiesen su mal,
aunque fuesen con buen zelo;
porque la soberania
juzga tanto atrevimiento
hacerle la ofensa, como

decírsela; y en su genio
les deshace aquella vana
fortuna que aprendieron,
que la dicha que imaginan
les borra de su concepto. *Vase.*

Fenisa. Muy moral está Ricardo,
y aun olvidadizo, puesto
que de valde se ha llevado
la noticia: mas qué veo!
Esto tenemos aora? *Hacela señas Zerbin.*
señitas que yo no entiendo?
por cierto, que gusto yo
de ver amantes gesteros. *Vase.*

Zerbin. Muda de una perlesia
quedes tú, plegue à los Cielos:
què habladora de futuro!
aun el pronóstico has hecho
de su intencion, y vendido
tus discursos por sucesos;
pero aqui viene mi amo. *Sale Enrique.*

Enrique. Decidme, fragrantés bellos,
purgados astros floridos
de estos jardines amenos,
de quien el viento, à invisibles
alas sus auras moviendo,
el ambar libra en suspiros,
que esperezais en bostezos:
decidme, si por aqui
pasò mi bien? mas ya advierto,
que me respondeis que no:
pues sus plantas este suelo,
à diluvios lo anegàran
de flores, que produxeron,
ni marchitàran sus ojos
las que brotaron sin ellos.

Zerbin. Ha señor! què soliloquio
es esse? *Enrique.* Preguntas, necio,
lo que no puedes dudar?

Zerbin. Cómo no puedo? si puedo,
pues de tu soliloquear,
solo loquear comprehendo.

Enrique. Pues, Zerbin, todas mis dudas,
mis pesares, mis contentos,
retiros, y suspensiones,
pueden tener otro objeto,
que Juana? què me preguntas,
si de mi estoy tan ageno,
por no estàr sin ella en mi,
que aborto, mudo, y suspenso,

no hallando descanso el alma,
sin que tenga en sus afectos
por patria mi voluntad,
y su memoria por centro,
à los humanos discursos
me escondo en mis pensamientos?
ya que eres tú tan feliz,
que introducido te veo
en su casa ya: ay Zerbin,
y quien para estarla viendo,
vivir pudiera en tus ojos!

Zerbin. Linda casa de aposento,
à no estàr junto à las nubes,
que llueven por este izquierdo;
mas no era malo el partido,
que al mirarla yo de lleno,
siendo tercetas mis niñas,
estuvierais los dos dentro.

Enrique. Ya que tan feliz has sido,
à decirlo otra vez vuelvo,
otra vez, y aun otras mil;
con embidia lo contemplo:
que estàs en su casa ya,
valido del fingimiento,
que hemos discurtido: dime,
què háveis hablado? *Zerbin.* Prometo,
señor, que aunque todo el dia
sus passos ande siguiendo,
no encuentro ocasion de hablarla,
segun la trae su respeto
de criadas asistida,
fino es al descuido, haciendo
las señas de aquella cifra,
que en mi se reparan menos,
que en otro, pues todo soy
señas, visages, y gestos;
y aunque queden las criadas
en alguna ocasion lexos,
porque el murmureo no escuchen,
à pronunciar no me atrevo,
como me tienen por mudo,
y solo à dar me resuelvo
tus papeles; y aun aora,
puesto que ocasion tenemos
de hablar, pues si viene alguno,
fuerza es en lo descubierto
de este Jardin verle anres,
y à nuestras señas bolviendo,
no advertirà que pronuncio,

como no escuchen los ecos;
te he de decir, que Fenisa
es enemigo casero,
y espía del Rey, que à Ricatdo
estaba aora diciendo,
que su ama està enamorada,
segun vè por los efectos,
aunque no sabe de quien.

Enrique. Pues por què no has ido luego
à avísarle? *Zerbin.* Porque
en su tocador no puedo
entrar, y porque à Palacio
me embia, que el Rey, sabiendo
que la Condesa gustaba
de mi humor, le hace el cortejo
de gustar tambien de mi;
por lo qual, señor, te ruego,
que aunque con ella te cales,
no descubras el secreto
à nadie, de que sè hablar,
que perderè mi remedio,
segun lo que esto me vale;
y en los gastos de estos tiempos,
no trucco ser sabandija,
por ser hombre de provecho.

Enrique. Pues mira, entre algunas cifras,
que yo le he dado, me acuerdo
de una de flores, en que
de una flor solo leemos
la letra con que se empieza,
componiendo el alfabeto;
pues à su seña, aleli,
azàr, y aroma, sirvieron
de explicar A, la vara
de Jese, la B, siguiendo
la C, el clavèl, y todas
un ramillete compuesto,
poniendo à donde se empieza
à leer un junco en medio,
que al ramillete divide,
los renglones vè regiendo
en cada circulo el fuvo;
y pues Jardines excelsos,
que en su variedad ostentan
la grandeza de su dueño,
estàn siempre matizados
de flores de todos tiempos;
yo irè componiendo un ramo,
en que esse aviso encubierto

vaya, y la misma criada
ha de abrigar en su pecho,
llevandosele à su ama,
el alpid de su veneno.

Zerbin. Brava es la cifra, por Dios;
porque si mal no la entiendo,
hasta ocho, ò nueve renglones
se pueden embiar impressos
en un ramo à qualquier Dama,
sin que sea el embeleco
sospechoso, y mas aqui,
à donde el recato es menos
que en otras partes: mas dudo
que haya hallado tu desvelo
para todas letras flores.

Enrique. Pues aguarda, que aqui tengo
la llave, y à ti, ni à otro
dexar essa duda quiero.

Lee. Aroma, azàr, azucena, aleli, y
amaranto, de la A: la B la vara de
Jese, y la Bonina: la C el clavèl, el
cinamomo, la citronela, y el caraco-
lillo: la D la damasquina, y flor de
D. Diego: la E la escobilla de ambar,
la espuela de cavallero: la F la filo-
pendola: la G la gemela: la H el hiso-
pillo: la I el jacinto, sirviendole el
jazmin para la J por ser èsta casi una
letra: la L el lirio: la M la maravilla,
mosqueta, y mosco greco: la N el nar-
ciso, y el nardo: la O la flor de ojo de
Christo: y la P pensies: la R la rosa:
la S el sandalo: la T el tulipàn: la X,
y la Z no sirven, con la C se explican:
y la V la violeta; solo lo que no hay
es, que, y se suplirà con poner en el
ramillete una hoja de yerva olorosa,
donde quiera, que haya de decir que
para unir la oracion.

Zerbin. Linda cifra; pero en tanto
que vàs, señor, componiendo
tu ramillete hablador,
una objecion me resuelvo
à preguntarte, que me hace
mil cosquillas acà dentro:
si son en la gran Bretaña
tan cercanos los dos Reynos
de Inglaterra, y Escocia,
y se professan en ellos

el Arte de la Pintura,
con tan excesivo aprecio,
que de Flandes, y de Italia
hacen conducir los lienzos
de los mayores Pintores,
quando tú llegues à serlo
del Rey, y tan celebrado:
còmo, dime, los mas diestros
de Escocia, no han adquirido
una obra tuya, en que temo,
que si la mano conocen,
por ella seas descubierta?

Enrique. Muchas soluciones hay
à la objecion que me has puesto.

La primera son las guerras,
que embarazan el comercio:
es la segunda, que yo
esta habilidad no exerzo,
fino en Palacio, de donde
no es facil salir tan presto
ningun lienzo à otras Provincias:
la tercera, que advirtiendo
este inconveniente mismo,
prevenido esse suceso,
mudo colores, y estilo;
y quando hiciessen cortejo,
no diràn que soy yo propio,
fino que à mi me parezco:
mas vere, que àzia aqui viene
Fenisa. *Zerbin.* Pues yo me ausento,
porque perderè el metal
de los doblones que adquiero,
si sabe èsta, ni otro alguno
el metal de voz que tengo. *Vase.*

Sale Fenisa.

Fenisa. Señor Enrique? *Enrique.* Fenisa?

Fenisa. Tan solo aqui? *Enrique.* Divirtiendome
estaba la soledad
de estos pensibles hibleos
con las estrañas acciones
del mudo. *Fenisa.* Es raro sugeto,
yo no sè por què mi ama
gusta de èl, que no le encuentro
gracias: flores cogéis?

Enrique. Quexosas las considero
de no haver en las mejillas,
y frente de vuestro dueño
encendido sus matices,
ò càndidos, ò sangrientos;

y así, pues se està tocando,
que vos la digais os ruego,
que este ramo, que mis manos
artificiosas tegieron,
de las flores que la Aurora
vertiò del càndido ceño,
ù de los dorados rizos
al destrenzar su cabello,
que se esparciò el ser en ondas,
rifa, y tempestad del viento:
lleguè à encender en sus ojos
sus flores, porque luceros
de nacar aprendan rayos
de la esfera de su pecho.

Fenisa. Y es à mi ama, ò à Enriqueta?
porque exponerme no quiero
à errar quiza la embaxada.

Enrique. Es para quien os le ofrezco
la Condesa mi señora
de Salisburg: ya con esto
no podéis equivocaros,
y que es necesario creo
distinguirlo, porque juzgo,
que servis à dos à un tiempo. *Vase.*

Fenisa. Mosca le diò la pregunta:
quise averiguar el cuento,
que Nisè me contò, y èl
se ha recatado de cuerdo:
què tenga yo este mal vicio!
à mi què me vâ en saberlo,
si nada Enriqueta toca
al Rey, de quien yo professo
ser espia; pues aun quando
le llevaba su denuedo
à la campaña, à Ricardo
dexo en Londres à este efecto?
pero aqui vienen mis amas,
ojo à la vista, y silencio.

Salen Juana, Milardi, Nisè, y Morgàn.

Milardi. Esto, prima, he de deberte.

Juana. Una cosa es mi cordura
el estrañar tu locura,
y otra es obedecerte:
porque, dime, en un Pintor,
particular Cavallero,
què puede haver (dolor fiero!) à
que sea digno de amor?

Milardi. El amor, aunque ha fundado
su imperio en su tirania,

iguala en su monarquía
 los meritos al estado:
 ni-èl ariende à la nobleza,
 ni à grandeza, aunque mas hables,
 que de las prendas loables
 fabrica allà su grandeza.
 En su imperio singular
 à ningun Monarca cede;
 y què Rey es quien no puede
 ya abatir, y ya elevar?
 Sus prendas considerè,
 su gala, y talle advertì,
 quizá noble le creì,
 porque yo lo deseè.
 Miente con tal frenesi
 el deseo lisongero,
 que se engañò à sí primero,
 y me engañò luego à mí.
 El, en fin, con mi grandeza
 se excusa, y con su humildad,
 haciendo con falsedad
 veneracion la tibieza:
 peto de mi conocida
 su nobleza fue en su modo,
 que no puede estàr del todo
 una gran alma escondida.
 Mi sospècha confirmò
 todo lo que me ha contado
 de sus cosas el criado,
 pues me dixo:- *Morg*. Aqui entro yo;
 y aunque ando tan aturdido,
 que en nada es bien que me meta,
 porque anda un diablo estafeta
 entre mi voz, y su oïdo:
 y tan diablo, que à estirones,
 si parlo lo que aconsejas,
 ò trae acà sus orejas,
 ò lleva allà mis razones.
 Si es que vàs à referir
 lo que yo te revelè,
 un nuevo gusto tendrè
 en bolvertelo à decir;
 que aunque se sigue el medrar,
 enriquecer, y lucir,
 no sè quien puede servir
 à donde no hay que parlar.
 Contè, que ocultas tenia
 joyas de precio excesivo,
 que lo que ha que con èl vivo,

mil señales en èl via
 de una incognita nobleza,
 en el modo, en el mandar,
 en reñir sin ultrajar,
 en romperme la cabeza
 con una gran seriedad,
 en sentir con suspension,
 dando rasgos cada accion
 de una oculra gravedad;
 que puso de la alta cuna
 la naturaleza rara,
 un caràcter en la cara,
 que no borra la fortuna.
 El lo esconde, y aunque digo,
 que por mi suerte infelice
 todo el diablo se lo dice,
 yo no puedo mas conmigo,
 y và en la complexion mia;
 porque, señora, en efecto,
 de lo recio de un secreto
 me diera una apoplegia,
 à no ser que en mis entredos
 el Cielo me quiso dar
 facilidad de arrojar,
 aun sin meterme los dedos.
 Ya dixè, y oy no es penosa
 su venganza, aunque llegasse,
 y si aora me marasse,
 no me queda acà otra cosa.
 Sintiera en mi suerte ingrata
 no hablar en mi muerte; pero
 si es que con mi habla muero,
 yo parlarè que èl me mata.
Fenisa. Pues ustè otra muger tome,
 que casar no me conviene
 con un criado, que tiene
 mala ley al pan que come:
 ni me hable mas en su vida,
 ni haya miedo que le quiera:
 para mi natural era
 essa muy buena partida.
Morgàn. Criada eres, y has de ser
 como yo. *Fenisa*. No hay que rratar.
Morgàn. Como no pierda el hablar,
 pierda quanto hay que perder.
Juanz. Què mandas, pues?
Milardi. Que por mi
 no se enojè tu amistad,
 de que con mas libertad

pueda Enrique entrar aquí.
No son mis intentos vanos,
puesto que en nuestra nacion
poco reparables son
visitas de Cortesanos;
y menos lo serán de él,
à cuya introduccion ya
tan grandes disculpas dà
lo valiente del pincèl;
y aunque al discurso se ofrece
reparo en la libertad,
la misma desigualdad
las sospechas desvanece.

Juana. D.íde que esse hombre acabò
de la Quinta, y desde el dia,
que el Rey en Londres entrò,
no le he hablado, y enfadada
en este Jardin le vi,
aunque tú sabes que aquí
jamás se niega la entrada
en jardines à ninguno.

Milardi. Por què con èl tanto enfado ?

Juana. Desde aquel riesgo pasado
le miro como importuno.

Milardi. Pues no te diò su valor
vida en sus passos veloces ?

Juana. Ay prima ! aora conoces
quanto canfa un acreedor ?

Milardi. Yo que nunca le debí,
con gusto viendole estoy.

Juana. Yo prometo, que desde oy
gustarè de èl, mas por tí
su entrada permitirè,
como con èl te declares:
le hablaràs quando gustares,
y aun yo por tí le hablarè,
llegandose à declarar
con todos, que es por tí todo,
porque yo halle de esse modo
linda traza de pagar.

Milardi. Dios te guarde, que al jardin
vendrà, y yo le pienso hablar,
porque le quiero mandar,
que entre por mí en el festin. *Vase.*

Fenisa. El por el Jardin venia,
donde me dixo turbado,
que en èl, para tu tocado,
de todas flores tegia

este ramillere, que
con mil conceptos me diò.

Juana. Con un junco dividiò *ap.*
sus renglones, yo verè
si es la cifra, èl se ha de hallar
con muy mala recompensa,
que està engañado, si piensa,
que à Enriquera le he de dar.

Morgàn. Yo si que se lo dirè:
gracias à Dios, que hallè ya
que contar. *Fenisa.* No hay ba, ba, ya
con el Morgàn. *Morgàn.* Y por què ?

Fenisa. Por hablador. *Morgàn.* Y podràs
dexarme ? *Fenisa.* Si, que soy cuerda.

Morgàn. Como yo el hablar no pierda,
pierda todo lo demás.

Juana. Que tú estàs enamorada, *Leyendo.*
aunque de quien ignorò,
con Ricardo al Rey embiò
à decir essa criada.

Fenisa. Mil bueltas al ramo dà,
y me mira, y me remira;
ya se acerca, y se retira:
valgame Dios ! què serà ?

Juana. Fenisa. *Fenisa.* Señora mía ?

Juana. Ponme este ramo. *Fenisa.* Si harè,
dònde ? *Juana.* Traidora, à la fè
faltas de criada mía ?

Fenisa. Yo, señora ?

Morgàn. Què le ha dado ?

Fenisa. En què mi ley defagrada ?

Juana. Que yo estoy enamorada
à Ricardo le has contado.

Fenisa. Jesus mil veces ! hechizo
trae el ramo entre los dos.

Morgàn. Còmo es esto ? vive Dios,
que este diablo es pegadizo.

Fenisa. Ay què me mata !

Morgàn. Usted tome
marido, que no conviene
muger para mí, que tiene
mala ley al pan que come.

Fenisa. Si tú de aquí no faltaste,
còmo saberlo pudiste ?

Morgàn. Tambien usè ignora el chiste ?

Juana. Yo te harè:- *Fenisa.* El enojo baste,
que no hablarè mas. *Juana.* Preciso
es no darme mas à entender:
yo el ramo bolverè à hacer,

y embiarè en èl otro aviso. *Vase.*
Morgàn. Ni me hable mas en su vida,
 ni haya miedo que le quiera;
 para mi natural era
 essa muy buena partida.
Fenisa. Aquí anda el diablo sin duda.
Morgàn. Lo mismo, amiga, he pensado:
 quièn pudiera ser llamado!
Fenisa. Hà, quièn pudiera ser muda!
Morgàn. Traeme, en alhajas dotales,
 chifnes, quando nos casemos.
Fenisa. Si, pero los partirèmos,
 como chifnes gananciales.
Morgàn. Puesto que à hablar me enseñas,
 y a atisbar mil desarinos,
 en ti he de engendrar vecinos.
Fenisa. Y yo de ti parir dueñas. *Vanse.*
Sal el Duque. Pues me permite la entrada
 al hermoso ameno sitio,
 esfera verde de tantos
 caducos astros floridos,
 que la noche apaga en sombras,
 y la Aurora enciende en visos:
 pues me permite la entrada
 sin nota el comun estilo,
 no solo vengo à beber
 con los ojos el hechizo,
 que inficionandome el alma,
 me deleita los sentidos,
 sino à quejarme à estas flores,
 que à lo ardiente del gemido,
 quantas producen sus plantas
 agotaràn mis suspiros.
 El Conde de Salisburg,
 padre de Juana, y mi tio,
 la ordenò en su testamento,
 que se casasse conmigo,
 no solo por conveniencias
 de ser mi estado tan rico,
 sino por bolver su casa
 (quedando en hembra) al antiguo
 blason de su Birouia,
 que respetaron los siglos,
 conservando su ascendencia
 en mi casa, y apellido.
 Juana:- ay amor! que al nombrarla,
 el corazon à latidos,
 embidiOSO de los labios,
 del pecho se me ha movido,

à beber, siquiera en ecos,
 de su nombre el desperdicio.
 Juana repugna estas bodas,
 sin manifestar motivos,
 mas que una adersion del Rey,
 (con què dolor lo repito!)
 pues aun de ignorarlo, no
 puedo fingirme el alivio,
 quando està, à lo que discurro,
 desmintiendo lo que miro.
 El Rey à Juana festeja,
 y aunque hasta aqui no hemos visto
 mas que aquel amor, que es gala,
 y mas que eleccion capricho;
 pues solo en públicos actos,
 donde es empeño preciso
 festejar à alguna Dama,
 su afecto se ha conocido,
 sin extremo que desdiga
 de su Real ànimo invicto,
 y sin que ella de este coto
 el limite haya excedido.
 Con todo esso, es un zeloso
 inventor de sus martirios;
 pues en mi imaginacion,
 produciendome infinitos,
 lo que no deseo espero,
 y lo que mas temo finjo:
 à vèr buelvo:- aqui està Enrique.
Sal Enrique. De su vista me retiro,
 por no encontrar en sus ojos
 mis zelos. *Duque.* Enrique amigo,
 por què de mi te retiras?
Enrique. Porque viendooS divertido
 con vuestra imaginacion,
 mi veneracion no quiso,
 que arrebate lo ruidoso
 el gusto à lo suspendido.
Duque. Antes te he buscado yo,
 que una pretension contigo
 he de hacer. *Enrique.* Vos pretension?
Duque. Ya sabes quanto rendido
 vivo al imposible bello,
 al soberano prodigio
 de Juana, de quien esposo
 he de ser. *Enrique.* Cielos divinos!
 havrà valor para verlo, *ap.*
 en quien no le hiv para oirlo?
Duque. Para engañar sus ausencias

bañar de luz determino
mis ojos, entre las sombras
de los rasgos coloridos
de su belleza; y así un
retrato fuyo te pido,
pues tan alto asunto no es
de menos pinceles digno:
su amante soy, y soy yo,
discreto eres, harto digo. *Vase.*

Enrique. A quièn, Cielos, pudo:-
Sale Ricardo. Enrique,

ya que antes de irme te he visto,
te quiero avisar, que el Rey,
que te dixesse me dixo,
que le lleves el retrato
de Juana, que te ha pedido,
y à Dios. *Vase.*

Enrique. A quièn pudo, Cielos:-

Sale Nise. Enrique, este laberinto,
buscándoos entre sus quadros,
he paseado, y he corrido:
Enriqueta mi señora,
me ha mandado preveniros,
que no os ausenteis sin verla:
ya mi embaxada he cumplido. *Vase.*

Enrique. Otro embarazo? *Sale Morgàn.*

Morgàn. Señor,
todo el día ando perdido
en tu busca. *Enriq.* A muy buen tiempo
vendrás con tus desatinos,
para que te de mil muertes.

Morgàn. Tantas? no podrás conmigo,
porque no soy cementerio,
ni caben en mi distrito,
y de una me sobra el tercio,
y tú no guardas el quinto.
Vive Dios, que aunque criado,
soy criado bien nacido,
y que aora no he hablado
para que me hagas hocico:
y este demonio embustero,
con resabios de vecino,
que con cosquillas de chismes
te anda escabando el oído,
miente si algo te ha contado;
y pues me anda en cuentecillos,
salga este diablo, si es hombre,
que le reto, y desfilio.

Enrique. Calla, fino quieres, que

todo el furor vengativo
contra ti rebiente. *Morgàn.* Ay Dios!
callo, que me ha confundido,
y me ha atado de la sangre
las palabras con un grito.

Enrique. A quièn pudo, Cielos, (otra,
y otras mil veces repito)
suceder en tantas penas
estàr à todas remisso,
confundiendo el sentimiento
lo vario de los morivos?
Pidiòme un retrato el Rey,
à cuyo poder resisto
en vano, y otro retrato
me pide desvanecido
el Duque: yo de mi Dama
he de entregar à otro arbitrio,
ni aun la sombra? yo poner
su copia en otro dominio,
produciela de mi mano,
que diestra contra mi mismo,
mis mismos zelos me vaya
dibujando en lo que pinto,
creciendo mi estudio propio
la ofensa en lo parecido?
Mal haya la habilidad,
pues à su dueño ha vendido!
mal haya, amen, el disfráz!
y mal haya mi delirio,
que està aumentando en mi idèa
de mis males lo excesivo;
pues contra si mismo, solo
de sus mismos desvarios,
la idèa de un temeroso
và produciendo enemigos,
y con saber engendrarlos,
no es bastante à resistirlos.

Salen todas las Damas.

Juana. Aquí està Enrique.

Morgàn. Ay señores!
un Angel las ha traído,
que al verle entre si furioso,
estaba yo tamañito,
sin que en mi mismo cupieffe,
con estàr tan encogido.

Milardi. Enrique? *Enrique.* Señora?

Milardi. Tanta
tibieza, y tanto retiro?

Enrique. No es tibieza, es suspension;
pues

pues con verdad os afirmo,
que el rato que fuera de estas
paredes estoy, no vivo.

Juana. Aunque lo dice por mí, *ap.*
mal mis sospechas resisto,
porque aun les duele à mis zelos
de Enriqueta en los oídos,
aqueila falsa alegría

con que se engaña de oírlos.
Enrique, ya declarado
me alegra el saber que os sirvo
en esto; y si este ramo
me embiasteis, con el designio
de que à mi prima le dieste,
segun de este amor colijo,
os le buelvo, porque vos
darfele podais mas fino,
pues sè que de vuestra mano
tambien quedará admitido.

Enrique. El mismo es que yo la di.

Juana. Tomadle: ha falso! *ap.*

Dale el ramo.

Enrique. Ay bien mio! *ap.*

pues me le buelve, sin duda,
que buelve ya respondido:
al descuido he de leerle.

Morgán. Temblando los aires miro,
por si anda aquí este demonio,
y por si al tiento le pillo.

Lee Enrique. Tambien que tú tienes joyas,
con otros muchos indicios
de tu nobleza, à Enriqueta
esse criado la dixo.

Morgán. Otra miradita? *Milardi.* Enrique,
una cosa he de pedirós,
y es que declareis quien sois,
que por muy cierto he sabido,
que sois mas que pareceis.

Enrique. Si creéis lo que os ha dicho
este picaro, de que
tengo joyas:— *Morgán.* Jesu-Christo!

Enrique. Y de otras locuras, que
inventan sus desatinos,
què culpa, señora, tengo?
un Pintor Flamenco he sido
de moderada nobleza.

Morgán. Este demonio anda listo:
yo guarneceré de Cruces
orejas, boca, y vestido.

Fenisa. Valgame Dios! este ramo *ap.*
tiene diablo. *Enrique.* No me animo,
señora, à darosle, habiendo
ya de otra mano venido,
que en vos no puede ser prenda
lo que en otra es desperdicio.

Juana. Bien se ha escusado de darle.

Milardi. Esta noche prevenido
público festin tenemos,
porque aun dura el regocijo
de la victoria del Rey,
y en baileres le aplaudimos
todas las señoras: vos
vendreis à èl, que yo os combido.

Enrique. Si harè, pues vos lo mandais.

Juana con el abanico *ap.*
me ha dicho, que tiene zelos:
asegurate, bien mio,
dirè en la cara, y el pelo.

*Passa la mano por la cara, y toca las
ondas de la cabellera.*

Juana. Mal mis sospechas reprimo,
pues traigo al pecho corbata,
y aora es uso, y ha sido
de querer el galàn, seña
la corbata, y el bobillo
seña de querer la dama.

*La oreja, el abanico, la cabeza, la corbata,
la barba, el bobillo con el dedo indice.*

Así verè si me explico:
no los tengo de que quierés,
sino de que eres querido.

Enrique. Que no los tiene, de que
yo quiera, juzgo que dixo,
sino de que à mí me quieran:
yo tengo tambien los mismos
del Duque, y del Rey dirè.

*Con el dedo indice, y la pluma del sombrero,
la manga, y frente.*

Juana. Los tuyos son diversos
dirè. *La mano por la cara èl, y ella.*

Enrique. Y los tuyos tambien:
yo te adoro.

*Con el dedo indice, y luego con el del corazon
toca la corbata, ella señala el del corazon,
y toca con el indice el bobillo.*

Juana. Yo te estimo.

Nise. Què silencio hará este,
que à todos ha suspendido?

Sale Ricardo.

Ricard. El Rey, señoras, ha entrado aora al jardín, porque vino à vèr el festin, y aguarda.

Milardi. Vamos: Enrique, advertido quedais. *Enrique.* Si señora.

Juana. Enrique,
à Dios.

Vanse las Damas.

Ricard. Enrique, à pediros buelvo tambien el retrato, si està ya acabado. *Morgàn.* Oidos, que tal oyen. *Enrique.* Ya lo està. Apelar serà preciso, *ap.* pues me aprietan, à la industria de que vine prevenido. Ya lo està, y corrido yo tambien de lo mal que sirvo, pues no acierto lo que importa, pension es de mi exercicio: este el retrato es de Juana.

Sale el Duque.

Duque. Retrato de Juana he oido, y nadie à mi vista puede llevarle, sin que mis filos castiguen su atrevimiento.

Enrique. Quede el retrato conmigo *ap.* por lo que importare. *Ricard.* Pues què intentas? *Duque.* Dar el castigo à quien intenta en mi ofensa llevarle; y no me irrito con esse pobre Pintor, porque en fin havrà atendido, mas que à otro particular, al interès de su oficio.

Enrique. Qualquiera que imaginare, que cabe en mi genio altivo mandarfe del interès, ni que puede mi capricho dar retrato de esta Dama, sino à quien me lo ha pedido, se engaña; y pues tan bizarro muestra Vuecelencia el brio, el retrato està en mi mano; y aunque por tan abatido me tiene, si ha de cobrarle, no es à proposito el sitio.

Ricard. Enrique, què es esto? al Duque respondeis tan atrevido?

Enrique. Al Duque, y à vos.

Morgàn. El otro,

lo mismo es que un torbellino.

Duque. Dexadme darle la muerte.

Ricard. Esso no, que si le riño, fue porque os perdiò el decoro, mas no porque no me animo à defenderle, supuesto, que aquel retrato se hizo por mi. *Duque.* Pues en vos, y en èl à vengar me ofensa aspiro. *Riñen.*

Enrique. Deteñeos, que Ricardo se engaña: el retrato es mio, y hecho para mi; quien quiera cobrarle riña conmigo, pues que yo soy dueño de èl.

Duque. Hombre, has perdido el juicio?

Morgàn. El diablo del hombre piensa, *ap.* que de todas es querido.

Duque. Muere à mi acero.

Ricard. Esso no.

Enrique. No teneis que preveniros à mi defenfa, que yo asì à un tiempo me despico de los dos. *Riñen todos.*

Ricard. Tenèos.

Salen el Rey, todas las Damas, y Zerbin.

Rey. Què es esto?

Juana. Cielos, què havrà sucedido!

Rey. Como se pierde el respeto, no solo al sagrado digno de esta casa, sino à tiempo, que yo dentro de ella asisto? vive Dios:- *Duque.* Señor:-

Enrique. Señor:-

Rey. Què fue el caso? referidlo, antes que el mismo silencio sirva tambien de delito.

Ricard. Fuerza es; pues que temerario se arrojò à tanto peligro, yo, señor, te lo dirè: Enrique, haviendo traído el retrato que mandasteis, me le daba, quando vino el Duque, y ovendo el nombre, irritò lo vengativo contra Enrique; en su defenfa me opuse, y:-

Morgàn. Hay hombre maligno! calla, no lo digas todo.

Finiso.

Fenisa. Pues què sientes?

Morgan. Esto es lineo:

que salen todos à verlo,
y no queda à quien decirlo.

Duque. Para el Rey era el retrato! *ap.*

Milardi. Del susto apenas respiro.

Rey. Mostradme, Enrique, el retrato,
porque en habiendo sabido,
que yo me quedo con èl,
nadie tendrà que pediros.

Enrique. Turbado llevo: señor,
aquí està. *Dale el retrato.*

Rey. Didad, què miro?
este no es el que os pedí.

Juana. Que es mi retrato imagino *ap.*
el que le dà. *Enrique.* El es, señor.

Rey. En toda mi vida he visto
mas desemejante cosa:
menester era artificio
para que tú errases tanto,
ò te ha dado algun delirio,
pues un retrato me traes,
ni hermoso, ni parecido.

Enrique. No pude mas. *Rey.* Como no?
quando en este arte no ha habido
mas destreza que la tuva.

Enrique. Disculpeme lo infinito
de la hermosura de tal
original, si averiguo,
que de parecerse à ella,
tan distante, señor, miro
lo feo, como lo hermoso:
y no estrañeis, que indeciso
hacer otro semejante
el arte no haya podido,
quando aun la naturaleza,
en tan dilatados siglos,
no supo producir otro
suzeto tan peregrino?

Rey. Buena es la disculpa; pero
mas huviera yo querido
la obediencia: haced, Ricardo,
pagar à Enrique, à quien lico
seis mil ducados de plata,
porque confesò rendido
su acierto à las perfecciones
de tan singular prodigio,
y porque en fin, fui yo quien
lo mandò, y es muy distinto,

que yerre èl, ò yo no premie,
puesto que el estudio mismo
le costò el hacerlo errado,
que el haverlo conseguido:
pero advertid, que de oy mas,
que à pintar bolvais-os privo
esta belleza, y la copia
en atomos reducidos *Rompela.*

entrego al aire, porque
quando ser retrato quisò,
solo fue de su hermosura
un agravio colorido;
y de què sirve el primor,
que no acierta en mi servicio?
Vamos al festin: vos, Duque,
quedad tambien advertido
de que Enrique me obedece,
aunque no acierta, y que embio
la copia al aire, del aire
cobrad vos los desperdicios.
Ay de mi! pues que zeloso, *ap.*
sin saber con quien me irritò,
lo que me contò Ricardo
me trae fuera de sentido.

Vase con Ricardo.

Milardi. Vamos, que el Rey nos espera.

Vase con Nise.

Juana. Ay de mi! quanto me aflige,
pues quanto es en mi belleza,
es en mi Enrique peligro.

Vase con Fenisa.

Duque. Ay infeliz! que en agravios
mis zelos se han convertido. *Vase.*

Enrique. Y ay infeliz! que pendiente
de los ceños del destino,
que persuade voluntario
à lo que influye preciso,
mi vida està respirando
por alientos parasìsmos. *Vase.*

Morgan. Mudo, oye lo que ha pasado,
pues que todos lo han sabido:
mi amo, y el Duque han reñido,
sobre quien le havia mandado
hacer un retrato; pero
entrò la misericordia,
porque en caso de discordia
llegò el Rey à ser tercero.
Valgame Dios! d'escansado
ha quedado mi capricho;

si aqui no lo huviera dicho,
huviera ya rebentado. *Vase.*

Zerbin. Pues tan hablador te noto,
quando tu secreto apuro,
anda, que yo te asseguro,
que no ha dado en saco roto;
y menos riesgos huviera,
si en la materia mas grave
el hablador lo que sabe
solo à los mudos dixera.

*Suena Musica, à cuyo compàs salen todos los
Galanes, y las Damas con mascarillas,
danzando, y danse las manos.*

Musica. El viento todo es dulce,
quando su esfera rompen
de dulces consonancias
las clausulas acordes,
y los rriunfos invictos,
que la fama pregone
se vierten à la esfera,
no cabiendo en el Orbe.

Rey. Què importa, amor, que esta mano
de esperanzas me corone,
si otro con Juana es felice?

Milardi. Amor, què importa que logre
la mano de Enrique, viendo
su tibieza en mis ardores?

Musica. El viento todo es dulce, &c.
*Al dar la buelta se le cae una liga à Juana,
cogenla el Duque, y Enrique, y el Rey se
la quita.*

Duque. Suya es la liga.

Enrique. Esta liga
es fuya. *Rey.* Nadie la toque:
de Dama que và conmigo,
hay ninguno que se arroje
à alzar descuidos? *Los dos.* El Rey.

Rey. No hagais que mi incendio brote,
seais quien fuereis. *Juana.* O mal haya
descuido que en tal me pone!
pero negaré que es mia.

Fenisa. Y haràs muy bien, si conoces
la gran flojedad que arguyen
descuidos tan interiores.

*Cogela el Rey con un lienzo, y se la pone
al cuello.*

Rey. Así se toma esta prenda,
y así es bien que se coloque,
dandola el mayor aprecio:

mas què es aquello? *Dentro voces.*

Duque. Son voces

del Pueblo, que està presente,
que como quien sois ignore,
la accion, señor, ha estrañado,
de ver que se ciñe un hombre
al cuello una liga. *Rey.* Pues
aleves, viles, traidoras,
conocedme, que yo soy, *Descubrese,*
yo soy, y temed que aborte
del pecho el bolcàn centellas,
si irritais mas mis furoros.
Yo soy vuestro Rey, aquel
à quien en mil ocasiones,
de lides vencedor siempre
de enemigos tan feroces,
le coronaron de Dafne
los siempre castos verdores:
què quereis, que mis hazañas
esta terneza desdore?
pues quien no estimò mugeres,
quàndo supo vencer hombres?
Hizo la naturaleza
en la fabrica del Orbe
algun prodigio mas lleno
de admirables perfecciones,
que la muger? hay especie
en quien tal delicia gocen
los hombres en sus afeos,
sus caricias, sus amores?
Pues, barbaros, què estrañais,
que la atencion las adore,
que los hombres las veneren,
y los Monarcas las honren?
Juzgais indigno de un Rey,
que à la hermosura se pofstre?
Quièn dà à la nobleza leyes
sino el centro de lo noble?
Si hombres son tambien los Reyes,
què mejor modo disponen
de haceros comunicable
lo que tienen de conforme?
Que el rendimiento à las Damas,
en cuyas adoraciones,
sin perder lo soberano,
su humano sèr reconocen.
Pero para que os enseñe
con quantas estimaciones
el descuido de una Dama

debe ser tratado , oye lo que dispone tu Rey: Nobleza , y Plebe de Londres, de esta liga os instruyo un nuevo Militar Orden de Cavalleria , que la Jarretiera se nombre, por la liga , dedicado à nuestro Patron San Jorge. Sea un instituto fuyo, entre otras constituciones, despues de las generales, que la Religion apoyen, la defenfa de las Damas, servirlas con mas primores, y no consentir jamás, que ninguno las baldone, aunque le cueste la vida, que à sus obsequios se expone. Toyson ha de ser de todos los Reyes mis successores, pendiente al cuello esta liga, que à trechos siembren , y adornen las rosas , que à Inglaterra dieron antiguos blafones. Una lamina estará pendiente en ella de un broche, donde San Jorge à cavallo se verá ; y porque no noten, que en el dueño de esta prenda (sea quien sea) hay mas razones de estimarla , que el ser Dama, dirà en su circuito un mote: infame es quien piensa mal: y à ninguno mas se otorgue, que à los Grandes de mi Reyno, los Duques , y los Milordes; pues de Eduardo Tercero la fama publica à voces con esta Religion , quanto diò à la hermosura de honores. Y tú, ingrato dueño mio, *ap.* en mis extremos conoce quien trata así tus descuidos, que hiciera con tus favores? *Vase.*

Todos. El Rey Eduardo viva, Vencedor de vencedores.
Ricardo. O cómo le aclama el Pueblo!
Milardi. Digno elogio es de su nombre.

Fenisa. Que yo traxeste tan fuertes mis ligas! *Vase.*

Juana. Amor , el golpe suspende , pues contra Enrique son demàs estas traiciones. *Vase.*

Duque. Cielos , pues ya son agravios, sed tósigo que me ahogue. *Vase.*

Enrique. Amor , si no hay en mi pecho lugar para tus harpones, dexa à los zelos la faña de sus injustos rigores, pues no hay vida en que se empleen, el arco à la cuerda aflojen.

JORNADA TERCERA.

Salen Fenisa , y Morgàn lleno de Cruces el vestido , y una en la mano.

Fen. Morgàn, que es esto? que te ha sucedido? que has hecho Via-Sacra tu vestido?

Morg. Hija , cada pobrete , aunque Lacayo, puede hacer un calvario de su fayo: no ha de llegar à mi , si es que yo puedo, aquel diablo à quien tengo tanto miedo; pues porque mi amo contra mi se enoje, quantas palabras se me caen recoge, y aunque estamos los dos muy divididos, al punto las trasplanta en sus oídos.

Fenisa. Lo mismo me sucede , ello por ello, con mi ama : pendiente de un cabello traigo , Morgàn, la vida.

Morgàn. Pues si acaso han tenido los dos amos un diablo parecido, yo temo que los dos:—

Fenisa. Yo lo he pensado; pero trae galantèo declarado tu amo con Enriqueta?

Morgàn. Ay quien tal crea ! no la puede tragar.

Fenisa. Aunque esto sea, mi ama no gusta de el , ni verle puede, y enfadarle mil veces le sucede, de que Enriqueta le haya introducido tanto en casa ; demàs , que yo he sabido, que ella està enamorada, y al tal galàn de noche le dà entrada, o habla con el , y aquesto lo barrunto, porque estas noches , no de todo punto

def-

defnudarfe ha dexado,
y del quarto las puertas ha cerrado
para que no azechemos. (mos?)

Morg. Mire usted, y esta es la que hace extreme-
de creerlas no irato,

no hay mayor alcahuete, que el recato.

Fenif. Temblando toda estoy como azogado,
que este chisme à Ricardo le he contado,
y que lo sepa luego ella no dudo.

Morgàn. Quièn estaba delante ?

Fenifa. Solo el mudo.

Morg. Pues còmo ha de saberlo de esse modo?

Fenifa. Como esse diablo se lo dice todo.

Morgàn. Oy vengo yo seguro,

pues mis cruces le sirven de conjuro;
à Enriqueta le traigo un chisme bravo,
que en este instante de saber acabo,

y por no perder el ocio,
amiga, cada qual à su negocio.

Mi amo à tu ama embia

este libro de versos que tenia,
en que estas noches di divertirse pueda,
que si èste no le gusta, otro le queda,
dice tambien. *Fenif.* Sin duda le ha perdido

ella, pues tantos libros ha leído,
que en casa no le quedan mas aora:
muerta và por leer versos la señora;
pero si es que mi flemas no te enoja,
todo el libro he de ver hoja por hoja,
porque quizà no oculte algun villete,
que escarmentada estoy del ramillete.

Morg. Bien haces, que yo un hombre conocia,

que un papel escondia
en el hueco que atràs el pergamino
hace al abrir el libro.

Fenifa. No imagino,
que haya reparable nada
en èl, sino es tal qual hoja doblada.

Morgàn. Seràn apuntamientos
de los versos notables. *Fenif.* Mil tormentos
nos cuesta cada cosa que hablamos.

Morg. Es q̄ hab'á con el diablo nuestros amos;
pero no hay gente, si es que lo examinas,
mas noble, que habladores, y gallinas.

Fenif. De què lo inferen tus estranos modos?

Morg. De que es gente, q̄ piensa bien de todos:
mira, del que es ladron, el refràn cuenta,
que de todos lo piensa, pues su afrenta
consuela así consigo; el Cavallero

mis cabal, y cortès, siempre severo,
piensa que nadie llega à su zapato;
què sabe mas que el otro, el menecato;
piensa el q̄ es bravo, aunq̄ nadie se le rinda,
que à todos se los traga como guinda;
temeroso el cobarde solamente,
à todo el mundo tiene por valiente;
el hablador, en serlo confiado,
à qualquier hombre tiene por callado,
pues de èl fiar intenta,
y aun lo que tiene gran peligro cuenta,
creyendo hidalgamente, que qual mudo,
el otro callarà lo que èl no pudo.
Pues di, si el pèsar bien de otro es grandeza,
què genre puede haver de mas nobleza,
que gallinas, chismosos, y habladores,
que à los demàs los juzgan por mejores?

Fenifa. Ellas salen, retirete al momento.

Morg. No, que para Enriqueta traigo cuento.

Salen Juana, y Milardi Enriqueta.

Milardi. En este estado me hallo,

considera, prima mia,
quando con sus rendimientos
de mis ansias se retira,
quàntas veces mi eleccion
con mi grandeza se irrita?

Juana. Miren à què alna tan tierna *ap.*
se quexa la pobrecita!

Milardi. Què dices? *Juana.* Quànto mi afecto
de tu pena se lastima.

Milardi. De ti lo creo.

Juana. Bien puedes,
que soy yo muy compasiva.

Fenifa. Este libro, con Morgàn
aora Enrique te embia.

Juana. Serà el que yo le pedì.

En èl viene alguna cifra, *ap.*
para escribir ingeniosa;
pues en un libro se mira,
que hay palabras para todo
quanto quisieren que diga
un papel, y à la que quiere
que hable conmigo, de tinta,
como que cayò al descuido,
le pone una tilde encima,
y entrefacando palabras
de tantas hojas distintas,
que son las que trae dobladas,
para nuestro intento unidas,

vàn formando otra razon:
las letras grandes explican
tambien de esta farsa todas
las personas conocidas,
como la R grande al Rey,
la D , el Duque significa;
y así todas las demás,
que de puntos se salpican,
con que puede uno , ò mas libros,
ir , y venir sin malicia.

Como que sus versos leo,
quiero ver lo que me avisa,
juntando palabras sueltas.

Milardi. Morgàn, por què te desvias ?

Morgàn. Porque quiero hablarte à parte.

Milardi. Di , pues està divertida

Juana en el libro.

Lee Juana. Mí bien,

mucho el temor me fatiga
de lo feliz que me has hecho,
con permitir mis visitas
de noche , que la fortuna,
para dispartar su embidia,
no halla en los amantes mas
enemigo , que la dicha.

Fenisa. Esto es leer , ò hojear ?

pues passando tan aprisa
las hojas vàs. *Milardi.* Què me cuentas?

Morgàn. Lo que vieron estas niñas,
que son niñas de mis ojos,
parlaras de quanto atisban.

Lee Juana. Digalo el que nuestro mudo
oy escuchò , que Fenisa
contando estaba à Ricardo:-

Fenisa. Valgame Dios ! que me mira:
por aquí anda ya el diablo,
toda el alma me tiritica.

Lee Juana. Que tú , mi cielo , estas noches
te havias quedado vestida,
y que con un hombre hablabas,
que ella en fin no conocia:
mira cómo estará el Rey,
y cómo estará mi vida;
ya no hay mas hojas dobladas.
Hà Cielos ! que en su familia
alimento una à su costa
sus mayores enemigas !

Fenisa. Què es lo que sientes , señora ?

Juana. Ven acá , à quièn le decias

oy , que hablo yo con un hombre
de noche à deshora ? *Fenisa.* Chispas
y esso hojeabas ? *Juana.* Vive el Cielo,
traidora , vil , mal nacida,
que has de morir à mis manos.

Fenisa. Que mis pies no lo permitan
he menester : à encerrarme
voy , huyendo de sus iras:
las hojas dobladas hablan ?
aquí hay gran hechiceria. *Vase.*

Juana. Con la vida ha de pagar
sus traiciones. *Milardi.* Oye , prima,
mis dichas , pues tu amistad
de ellas tanto participa,
que hasta que tú las aplaudas,
no puedo llamarlas mias.

Juana. Pues què hay de nuevo ?

Milardi. Morgàn

dice , que Enrique tenía
sobre un bufete una carta,
à quien à responder iba:
quando pidió de beber,
fuele à servir muy aprisa;
atento Morgàn entonces,
y entre tanto que bebía,
leyò acafo , que empezaba:
ya pudo mi amistad fina
facarte perdon del Rey,
y luego pasó à la firma,
en que hallò tu hermano el Conde,
sin que pudiesse su vista
comprender mas , porque Enrique
acabò de beber : mira
si fue cierto lo que acá,
la interior astrologia
del pecho à ocultos presagios,
tan mudamente medía,
que quanto palpita anuncia,
quanto pulsa vaticina:
toma , Morgàn , por la nueva
este relox en albricias,
que es lo que hallè mas à mano.

Juana. Venturosa es la noticia:

esto se va declarando, *ap.*

y este golpe necesita
reparo ; à avilar à Enrique
quiero ir , en la forma misma
que èl me escribe: amor , no dexes
vencer tu soberania

de la fortuna , que adverſa ,
en tu imperio introducida ,
para ſer ſucceſſor tuyo ,
los triunfos tuyos te quita , *Vaſe.*

Milard. Toma el relox. *Morg.* No ſeñora ,
porque es tanta la hidalguia
de mi natural parlero ,
que tan ſolo al guſto aspira ,
de aquel hablar por hablar ,
que ſe malogra ſi pica
en interès , porque entonces
no es chiſme , ſino codicia :
con que me oigais me contento ,
que el guſano me pellizca
de la conciencia acà dentro ,
y conozco , que aunque diga
quanto sè , ſegun mi genio
en eſto ſe engoloſina ,
no hago merito en que pueda
llevar alhaja tan rica ;
y aſí , el alma es lo primero.

Milardi. Toma , que en vano porſias.

Morgàn. Proteſto , que tú me dàs
la alhaja , ſin que yo pida
data de uſura , ſino
que es por galanteria. *Toma el relox.*

Niſe. Còmo el locarron le toma ,
fingiendo con picardia ,
que le rehuſa : *Morgàn* ,
mueſtra. *Morgàn.* El es de campanilla ,
y no de mueſtra. *Niſe.* En mi mano
le quiero vèr. *Morgàn.* Yo en la mía ,
que ſeñala , mas no dà.

Niſe. Pues què de mi no confias ?

Morgàn. No , amiga ; porque un relox
nunca fue alhaja de lindas ,
que amenaza por minutos
la hermoſura mas pulida ,
como uno que paſſa , pues
darte aſí no es bizarria ,
quien à ſu coſta en tu muelle
te eſtà taſſando la vida.

Milardi. Con una industria à eſcribirle
voy , dirè , que conocida
ſu perſona eſtà , y que el Conde
ſu hermano aſí nos lo avifa :
puede ſer que ſe declare
con eſto : amor , no te rindas ,
pues ya à mas noble eleccion

el influjo te deſtina. *Vaſe.*

*Salen el Rey , Ricardo , y Zerbin , el Rey con
la liga , y la lamina.*

Rey. Notable pena me has dado.

Zerbin. Aqui , orejas prevenidas ,
os he menester mas largas ,
que de un vecino que atisba.

Morg. El Rey viene , yo me eſcurro. *Vaſe.*

Rey. Què Juana de mi ſe olvida
por otro , y no por ſí , Cielos !

Ricardo. Eſto me contó Fenifa.

Rey. Y quièn juzgais tú que ſea ?

Salen Enrique. Mal deſcanſa una fatiga ,
pues vèr al Rey con Ricardo
mis ſoſpechas reſucitan ;
y pues los ſigue Zerbin ,
èl me dirà por la cifra
à lo lejos quanto hablàren.

Ricardo. Señor , ſi es que mi malicia
ſe ha de creer , que es Enrique
juzgo. *Zerbin.* Tèn , lengua maldita ,
que ya para lo que cottas ,
en ſu garganta te aſilas.

Rey. Un hombre particular
à tan alto aſſunto aspira ?

y ella le admite ? *Ricardo.* Señor ,
eſto mi diſcurso indicia :
no ſolo de la aſiſtencia
à ſu caſa tan continua ,
ſino de tan recio empeño ,
como con el Duque hacia
ſobre aquel retrato , y vèr
que le errò. *Rey.* No me lo digas ,
que deſde entonces eſtà

mi eſtimacion con èl tibia ;

y no fue acaſo el errarle ,

no ſacando parecida

la copia , quizà por zelos ,

que de ſu mano tenia ,

que otros pintan como quieren ,

y èl no quiere como pinta.

Enrique. Què hablan Ricardo , y el Rey ,
dirè à Zerbin , pues me mira.

Zerbin. Reſponderèle : Ricardo

Señala la cabeza , la boca , y la frente.

dice al Rey (aquí nos pringan)
como Juana , y tú os querèis.

Enrique. Puede haver mayor deſdicha ?

Ya todo ſe ſabe. *Zerbin.* Y què :

Ha señalado el pecho, la boca, la frente, la cabeza, el dedo del corazon, el indice, y la corbata.

Valgame Dios! se me olvida,
què seña es la de la noche:
mas ya la sè, la mexilla;
y que ella de noche te habla.

El dedo del corazon, la mexilla, el indice, y la boca.

Enrique. En fin , todo se averigua:
amor , en gran riesgo estamos.

Rey. Enrique alli se divisa,
no quiero que algun extremo
al verle , quiza desdiga
de mi grandeza ; detenle,
que yo en esta galeria
un breve rato estarè
con las Damas en visita:
mudo , sùgueme. *Zerbin.* Ba , ba. *Vanse.*

Ricardo. Por què , Enrique , te desvias ?

Enrique. Cavalleros como vos,
señor Ricardo , no estilan
asegurar à los Reyes
en duda , alguna noticia,
que sea en daño de tercero,
y la gracia mas valida,
debe tener las palabras
junto al poder muy medidas.

Ricard. Por què lo decis ? *Enriq.* Lo digo,
por lo que aora al Rey deciais,
asegurando imprudente,
que à la Condesa servia,
y que de noche la hablaba.

Ricardo. Estatua he quedado fria: *ap.*
acabando de hablar solos
el Rey , y yo , no imagina
el alma , còmo pudiese
èl saberlo tan aprisa.

Enrique. De mi , que digais no importa,
pues todo para en mi vida;
pero en quanto à la Condesa,
infame serà quien diga
cosa que desdecir pueda
de su opinion pura , y limpia,
y yo sabrè castigarlo.

Ricardo. A tanta descortesia
no hay otra respuesta.

Enrique. Así *Sacan las espadas.*
descortesias castiga

mi acero. *Salen el Rey, Juana, y Zerbin.*

Rey. Tened : què es esto ?

Que este arrojò se repita
aquì otra vez ! porque entonces
mi colera no os fulmina,
consecuencia à la segunda,
fue la primera ofadia.

Juana. Todo es fustos , todo es penas. *ap.*

Enrique. Si yo te ofendì , exercita,
señor , en mi tus rigores.
Descomponer determina *ap.*
mi industria esta confianza,
que contra mi se conspira.
A hablarme llegò Ricardo,
diciendo , que me queria
tanto , que aun no reservaba
de mi la mas escondida
confianza vuestra ; y que
esta verdad atestigua
vèr , que aora le dixisteis,
con misteriosos enigmas,
que tengo correspondencias
con una beldad divina,
en quien lo mucho de hermosa
excede al blasòn de esquivia,
de noche hablando con ella,
y escribiendola de dia;
que matarme le mandabais,
à esto aadiò , y corrida
mi lealtad , y mi nobleza,
de vèr que en una accion misma,
del decoro de una Dama
una falsedad publica,
y una indignidad de vos,
intentè con fàña impia
darle el castigo , y la muerte,
y aun entregar sus cenizas
quisiera al aire , porque
de traicion tan atrevida,
porque no queden memorias,
no era bien dexar las mismas.
Zerbin. Hà buen hijo ! esta fue doble:
con què destreza està urdida !
Ricard. Señor , si creeis : *Enriq.* Pues yo
de què saberlo podia,
si vos no me lo contàis ?
Ricard. Yo ? *Rey.* Callad , que mas se irrita
mi venganza : à los dos presos
lleven , por la grosseria

de facar aquí las armas.

Juana. Mi rendida fè os suplica,
señor, que à los dos mi casa
oy de sagrado les sirva.

Rey. Aunque vuestra casa fue
principalmente ofendida,
y en ella yo; con todo esso,
le fervirà à mi justicia
de indulto vuestra presencia:
tù, Ricardo, te rerira
de aquí, que quien traidor falta
à su Rey, que de èl se fia,
no es digno de su presencia.

Ricardo. Mi vida verè perdida,
ò asegurado tu engaño.
O supersticion maligna!
aquí hay secreto grande, *ap.*
que averiguar necessita
mi industria, porque si no,
la gracia del Rey peligrà. *Vase.*

Enrique. A un traidor, un alevoso. *ap.*

Zerbin. Bien despachado lo embia.

Rey. Oy los dos, por vos, señora,
el indulto han merecido,
y mas el lograrle ha sido
siendo vos la intercesora;
pues el alma que os adora,
sentir debe en pena igual,
que sea condicional,
y no comun el deslèn,
y que podais querer bien
à quien os pinta tan mal.

Juana. No os entiendo. *Rey.* Yo bien sè,
que ya os he entendido à vos.

Enrique. A solas hablan los dos;
què la dice el Rey, dirè.

*Señala la cabeza, el dedo del corazon,
la boca, y la frente.*

Juana. Con ellos responderè
que èl tiene zelos de ti.

*Señala la cabeza, frente, abanico, y de-
do indice.*

Rey. Que os desvelais mucho oì.

Juana. Y que por la noche hablamos.

*Señala la cabeza, mexilla, y los dos de-
dos en la boca.*

Señor, esta que tratamos
no es platica para aquí.
Fineza quereis hacer

la ruindad del sospechar?
de quando acà el infamar
fue credito del querer?
còmo llegais à ofender
vuestra Magestad así?
No estèmos, señor, aquí
en tal platica los dos,
que pensais muy mal de vos,
y mucho peor de mi.

A Morgàn voy à entregar *ap.*
el libro ya respondido. *Vase.*

Zerbin. El Rey quedó suspendido.

Rey. Què mal hice en declarar
zelos, hasta averiguar
à quien mi enemiga bella
ama, y por quien atropella
tantos decoros Reales!
que en zelos tan desiguales,
antes me ofendo yo, que ella.
Enrique? *Enrique.* Aquí retirado,
señor, esperando estoy,
que de mi fè quedes oy
seguro, no habiendo hallado
lo que de mi te han contado.

Rey. Pues tù, di, te has persuadido
à que yo huviesse creído
tal locuta? *Enrique.* A mi me pesa:
pues què dirà la Condesa
de zelos que le has pedido?

Rey. Yo zelos? *Enrique.* Zelos, señor.

Rey. Hombre, estàs fuera de seso?
y que aun yo lo estoy confieso, *ap.*
porque èl no pudo en rigor

oirlo: loco, traidor,
tù te atreves de essa fuerte
à decirlo? *Enrique.* Trance fuerte!

Rey. Pues, di, si yo lo estuviera,
què distancia, alevè, huviera
de mis zelos à tu muerte?
Pues si se quexa el poder
quando se llega à irritar,
aun juzgo que el castigar
es primero que el saber.

Enrique. Señor, à mi parecer,
zelos fueron los que oì,
mas quiza mal lo entendì.

Rey. Aquí hay ardid, vive Dios, *ap.*
pues lo que hablamos los dos
no pudo oír desde allí:

prevenida la criada
està, y por el interès,
para averiguar quien es,
me darà esta noche entrada:
tu ofadía anduvo errada
en haverse declarado;
porque al poder enojado,
lo mas difícil ha sido
el darse por entendido
y tú lo has facilitado.

Vase.

Enriq. Valgame el Cielo! *Zerbin.* Yo aqui contigo à hablar me refuelvo;
pero à ser mudo me vuelvo,
que viene *Morgàn* alli. *Sale Morgàn.*

Morgàn. Todo el día ando tràs ti.

Enriq. Espera, espera. *Morgàn.* Ya espèto.

Enriq. Què es esto?

Morgàn. Un amo hechicero
me obliga así à fantiguarme
todo entero, por librarme
de su demonio embuistero.
El libro otra vez te embia
la Condesa mi señora,
que èste no le gusta aora,
segura està la fe mia,
pues el diablo se desvia
de las Cruces del vestido.

Enriq. Muestra.

Morgàn. Brava industria ha sido
traer las Cruces sembradas.

Enriq. Otras hojas trae dobladas,
verè lo que ha respondido.

Lee. Mi bien, esta noche espèro,
porque remedio busquèmos,
no solo por los extremos,
que ha de hacer el Rey severo,
sino porque lisongero
esè criado villano,
que de un Conde eres hermano,
à *Enriqueta* le conto,
porque ella un reloj le diò.

Morgàn. Verè à què hora està la mano.

Enriq. Culpa es mia, pues suffi
tanto à un picaro hablador:
muere, villano, traidor.

Saca la espada, y dale.

Morgàn. Ay desdichado de mi!
señor, en què te ofendi,
que así me has descalabrado?

dos cuchilladas me has dado.

Enriq. Quando ocultrarme prevengo,
que un hermano Conde tengo,
à *Enriqueta* le has contado?

Morgàn. Jesús! el diablo no ha huído
de la Cruz? no es diablo ya:
mudo, renle, bueno està,
la cabeza me has rompido,
no estès mas enfurecido.

Zerbin. Menefter es ya mediar:

ba, ba. *Enriq.* El reloj me has de dar.

Morgàn. Hasta esso el diablo conto?
mas hablador es que yo,
por èl me quiero trocar:
vesle aqui.

Enriq. Dónde està? *Morgàn.* Aqui.

Enriq. Mudo, à este por hablador
se le quira mi furor,
y porque callas, à ti
te le doy. *Dasele à Zerbin.*

Morgàn. Pues pese à mi:
còn mi alhaja has de premiar,
que effotro no sepa hablar?

Enriq. Así el mostrarte consigo,
quanto ganàras conmigo,
si aprendieras à callar. *Vase.*

Morgàn. Tú el reloj me has de bolver,
mudo: que no quiere dice:
ay hombre mas infelice!
à curarme he menefter
ir, y podreis aprender,
criados, todos de mi,
por hablar se medra a fsi,
pues sin reloj he quedado,
y me voy descalabrado:
desdichado hablador fui. *Vanse.*

Salen el Duque, y Nise.

Duque. Yo la noticia he tenido,
de que un hombre fuele entrar
de noche, y averiguar
si es verdad, ò no, escondido
he de estàr, y así te pido,
que me abras. *Nise.* Si harè, pues quando
no fuera yo de tu vando,
en què pecho singular
hay valor para negar
lo que se suplica dando?
Yo la puerta te abrirè,
puntual en obedecerte,

y tambien para esconderte
 sitio oportuno tendré;
 y à Dios, no nos vean, porque
 lo sospecharàn. *Vase.*

Duque. Amor,
 suspende un poco el rigor,
 en tanto que mis desvelos
 se averiguan, que estos zelos
 vãn tocando en el honor.
 En mi esta liga es baldòn,
 quando en todos honor fue,
 pues por el Rey profesè
 su Militar Religion:
 diòla à todos por blason,
 y à mi por oprobio, quando
 su dueño estoy adorando,
 y ella misma, si lo atriendo,
 mi casa vâ ennobleciedo,
 pero mi amor infamando. *Vase.*

Sale Juana con una lux.

Juana. Pues dexo cerradas todas
 las puertas, y prevenidos
 todos los inconvenientes,
 dexadme, necios delirios,
 pues passais à ser dolores
 desde que fois varicinios;
 que empezar desde el temor
 à inquietarse del peligro,
 es anticipar los males
 con ansias de resistirlos.
 Por una noche no mas
 que queda, ha de ser preciso
 que le vean? pues què susto,
 què inconveniente prolijo
 me està anunciando en presagios
 el corazon à latidos?
 Para ausentarnos mañana
 llamo à Enrique: què infinitos
 sobrefaltos que nos cercan,
 unos de otros producidos!
 la desesperacion, solo
 es quien puede hallar camino.
 En este quarto, que està
 tan apartado del mio,
 y del ruido de la casa,
 por ser del Jardìn vecino,
 le quiero hablar, y estará
 en sus quadros escondido
 Enrique, pues tiene llave

de aquel secreto postigo:
 la seña harè. *Hace seña con el lienzo.*

Sale Enrique. Ya esperando
 estaba entre tanto abismo
 de sombras, la blanca seña
 de este tremolado aviso.

Juana. Mi bien, mi señor, mi esposo:
 (con què terneza lo digo!)
 ay si este nombre duràra
 al pro nunciarle mil siglos,
 porque es ya dexar de serlo
 acabar de repetirlo!
 Con mil ansias te he esperado,
 porque acà desfallecido
 el corazon, escondiendo
 lo asustado en lo remisso,
 me anuncia vanos temores
 de que recelosa vivo.

Enrique. Ay de quien no ya temores
 padece, puesto que han sido
 los mios riesgos declarados,
 con que ni aun dexa el alivio
 la evidencia de poder
 dudarlos al discutirlos!

Juana. En mas venturosos estado
 està, puesto que te miro
 vivo, y padecido el riesgo,
 que à lo menos del martirio
 te libraràs de temerle
 con haverle padecido. *Al paño el Rey.*

Rey. Ya no hay que dudar, sospechas,
 supuesto que à Enrique he visto:
 corazon, ni aun lo irritado
 me dexò lo suspendido. *Al paño Milardi.*

Milardi. Nite me contò, que en casa
 ha entrado el Duque mi primo,
 de cierto hombre receloso,
 con que otra vez me he venido
 à sossegar: mas què veo?

Enrique. Considera si es distinto,
 aun padecido mi mal,
 si yerto, pàlido, y frio,
 vertiendo la vida en mares,
 desfatando el alma en rios,
 à nunca mas verte, vengo
 à decir que te he perdido.

Milardi. Bueno es esto. *Juana.* Calla, calla,
 que de yelo un basilisco,
 de carambanos un aspid

esta voz ha introducido
 el alma, que el corazon
 me muerde por los oidos:
 à nunca mas vèr, què dices?
 Ay de mi, Cielos divinos!
 ya ferà eterna la vida,
 que me ha sobrado al oírlo.

Enr. que. El Rey, señora, te adora,
 èl nuestro amor ha sabido,
 y yo salto à ser quien soy,
 si en ofenderle prosigo;
 que mas temo en mi lo infame,
 que no en èl lo vengativo.
 Y porque mi rendimiento
 quede, señora, bien quisto,
 ò airoso conmigo, pues
 disculpa no necesito,
 que vèr quanto fue tu amor,
 en quantos te vèn preciso;
 me pareció destinado
 mucho mas que persuadido:
 no quiero de esta disculpa
 valerme, aun para contigo,
 que es necio quien con su Dama
 intenta desvanecido,
 que en suplirle algo àzia el garvo,
 gaste nada del cariño.
 Mi amor al del Rey le lleva
 mucha ventaja en lo antiguo, &
 pues en sus primeros años
 tuvo su origen el mio,
 quando tu padre en Escocia
 estuvo à ciertos partidos
 de limites, que pararon
 en las discordias que vimos:
 demás de esso, nunca el Rey
 mostò en su amor mas designio,
 que del público cortejo
 en la nacion permitto;
 porque supo bien su intento
 disfrazar con el estílo.
 Oy muestra fines mayores,
 y aunque soy en sus dominios
 Estrangero, mal pagara
 las horas que le ha debido
 la aparcencia de criado,
 con que à su grandeza asisto;
 si bien entre las pensiones
 de un desigual exercicio,

con ofenderle en el gusto,
 en carta que he recibido
 de Escocia, el Conde mi hermano
 de Montgomeri, me ha escrito,
 que estov ya de èl perdonado.

Milardi. Abforta estov! *Rey.* Sin sentido
 animo. *Enriq.* Y puesto que es fuerza:-

Juana. Calla, aleve, fementido,
 mal Cavallero, traidor,
 no profigas, que hay delitos,
 en que no es executarlos
 mas ofensa, que decirlos.
 Si porque estàs en tu Patria
 perdonado, y has querido
 buscar tan à costa mia
 ocasion à tu retiro:
 si el tiempo que aqui has estado,
 como ausente, en fin, conmigo,
 solo estudiaste lo amante,
 que basta à lo divertido;
 no te valgas de ocasiones,
 que demás de dár motivo
 à mi amante sentimiento,
 dèn à mi desdoro indicio.
 Por ti del Duque las bodas
 hasta aora he resistido:
 por ti el Rey experimenta
 desaires, mas que desvíos.

Milardi. Jesus, y què de finezas,
 sin haverlas yo sabido!

Rey. Sin atreverme à irritar,
 temblando estov de mi mismo.

Juana. Mas no, no es esta la causa,
 sino que havràs advertido
 de Enriqueta las finezas,
 y querràs, atento, y fino
 pagarlas: no es verdad?
 de què te acobardas? dilo:
 callas? sin duda concedes:
 facame de este conflicto,
 ingrato tirano Enrique,
 ò confiesa, ò niega tibio.

Enrique. Solo faltaba, que aora
 me pidan tus desvíos
 zelos de quien aborrezco. *Sale Milardi.*

Milardi. Señor Enrique, passito,
 què hay valor para saberlo
 en mi, mas no para oírlo.

Enrique. Cielos, otro susto mas!

Milardi.

Milardi. Ya por lo menos he visto, en que Enrique venga à casa, quanto , prima , te he debido; y que no hay en un Pintòr cosa que le hiciesse digno de mi estimacion. *Juana.* Què quieres, que con esso que me has dicho me turbe mucho de verte, y pregunte à què has venido, y no sepa responderte con melindroso artificio. solo por ti? pues no quiero, que mugeres que nacimos obligadas al acierto, nunca havemos elegido cosa en secreto, que pueda en público deslucirnos; y pues yo no tuve culpa de que boba huviesse sido; por tu vida no me hagas mala obra , que es preciso hablar à Enrique. *Milardi.* Pues, fallá, ran vil juzgas mi capricho, que con èl he de dexarte?

Juana. No , pues ni de esso me aflijo: nunca has visto requebrarte con mil ansiosos cariños, à dos amantes? *Milardi.* Yo , no.

Juana. Pues todo quiere principio: sientate aquí, y lo verás, porque và largo el camino, y por ti no he de perder la ocasion , y así prosigo.

Milardi. Aun mas de tu defendado, que de tu traicion , me admiro.

Juana. Enrique , por ti aborrezco tanto al Rey , y es tal:-

Sale el Rey. Pafsito, que hay valor para haberlo tambien , mas no para oirlo.

Juana. Este sí que es susto , Cielos!

Enrique. Amor , este sí es peligro!

Milardi. Cielos , ya sobra venganza!

Rey. No habeis , Enrique , sabido, que contra lo soberano el tener dicha es delito?

yo por otro despreciado?

ravos , è incendios respiro.

Enrique. Solo sè , señor , que en este

amor me ha dado el destino, sin arbitrio de evitarlo, el merito de elegirlo.

Rey. Y yo solo sè:-

Dent. el Duque. Traidor, ò has de quedar conocido, ò muerto. *Riñendo.*

Dent. Ricardo. Saber quien eres tengo , ò no has de quedar vivo.

Rey. Què es aquello?

Juana. Muerta estoy!

Enrique. Dentro de casa es el ruido.

Rey. Aguardad , no os vais , que yo lo verè. *Juana.* Solo os suplico, señor , no salgais , no piensen, que estábais aqui escondido.

Rey. Enrique està satisfecho; de los demás imagino, que no se os dà nada à vos.

Enrique. Ya se acercan à este sitio.

Salen riñendo el Duque , y Ricardo.

Duque. Digo , que he de co cceros.

Ricardo. Con este mismo motivo os traigo à la luz. *Rey.* Què es esto? Duque , Ricardo , atrevidos, reñis aqui? *Duque.* El Rey: ya, Cielos, ocioso es lo que averiguo! *ap.*

Rey. Què ha sido esto? *Ricardo.* Señor , oy Enrique os dexò conmigo enojado , yo en venganza de la falsedad que os dixo, averiguar este amor tomè por empeño mio, y de la misma criada, que vos sabeis , me he valido, que ignorando vuestro enojo, juzgò que entraba mi brio à guardaros las espaldas: un bulto al entrar distingo, y empeñado en saber quien sea este galàn escondido, embastè con èl. *Duque.* A tiempo que yo , que quizá movido del mismo intento , con mas razon buscaba esse indicio, tambien lo mismo intentaba saber: con que conducidos de un mismo fin , las razones trasladamos à los filos.

Rey.

Rey. Bien está: pues què licencia tienen vuestros defatinos de averiguar aqui zelos, sabiendo que yo aqui asisto?

Ricard. Señor:-- *Duque.* Què èl asiste aqui? què mas claro ha de decirlo? *ap.*

Rey. Fenisa, llamame à quantos à acompañarme han venido, pues sabes donde quedaron.

Fenisa. Temblando, señor, re sirvo. *Vase.*

Rey. Yo despreciado! no siento tanto haver visto abatido lo Rey, como lo galàn: què harà, si à lo presumido de qualquier hombre se junta de la Magestad lo altivo?

Salen los Soldados.

Sald. Què es, señor, lo que nos mandas?

Rey. Que à los tres lleveis os digo à Palacio, bien guardados: y en haviendo amanecido, señoras, tambien espero, porque haveis de ser testigos de como venga Eduardo el haverle competido, que espero que al mundo quede memoria de su castigo. *Vase.*

Duque. Esto sin duda es por mi: hados crueles, è impios, por què me guardais la muerte, si contra mi fama vivo? *Vase.*

Enrique. Contra mi, fortuna airada, vàs esgrimiendo el cuchillo, pues passa por delincuente en mis ansias lo infuido. *Vase.*

Milardi. Cielos, ni sè lo que temo, ni aun sè lo que ha sucedido! *Vase.*

Juana. Cielos, donde vãn mis penas de un abismo en otro abismo? *Vase.*

Sale Zerbin. Gran cosa es tener reloj! toda esta noche passada con el ruido del volante, no solo me disperraba, pero ya con darle cuerda, ya con mirar si se para, ya si anda bien con el otro, y ya en què ocasion se agrassa, aun no he pegado mis ojos: que haya quien tenga esta maula,

que es para cuenta engañosa, y enfadosa para alhaja! vamos à Palacio en fin.

Sale Morgàn.

Morgàn. Al mudo arisbando anda mi valor, pues aunque tenga la cabeza entrapajada, y aunque haya inenester unos remiendos de calabaza, yo he de cobrar mi reloj; y pues èl no trae espada, y yo si, puesto que aora le voy cogiendo de espaldas, quien dà luego dà dos veces: zàs. *Dale con la espada, y buelve Zerbin.*

Zerbin. Hà traidor, què me matas! ay pobre de mi, que hablè!

Morgàn. Como què, los mudos hablan? sin duda tù eres el diablo, que quanto yo digo parla: dexa, ladron, mi reloj, ò te esconderè en la panza el letrero de esta hoja, y harè de tus tripas bayna.

Zerbin. Toma, Morgàn, el reloj: pero por la Virgen Santa, que à nadie digas que hablè.

Morgàn. En vano en esto te canfas, que no perdiera yo el gusto de decirlo à quantos passan, si me dieras mas reloxes, que puede haver de aqui à Francia: ven à Palacio conmigo.

Zerbin. Mira:-- *Morgàn.* Son escusas vanas.

Zerbin. Pues mira que à tu amo sirvo, callalo. *Morgàn.* Miren què tacha! el ser de mi amo el secrero le dà otro tanto de falsa.

Zerbin. Llevòfelo todo el diablo.

Morgàn. Aqui sale el Rey, tù calla, hasta que lo diga yo.

Zerbin. Descubriose la maraña.

Salen el Rey, el Duque, Ricardo, Enrique, y todas las Damas.

Juana. Temblando à sus ojos llego.

Duque. O quãto la vista airada de un Rey pone horror!

Enrique. O quãto su semblante me acobarda!

Rey. Enrique, toda la Corte
 presente, està combidada
 à ver tu castigo: Amor,
 mira que el poder se ultraja
 con tu victoria, si fuisse
 passion, ya has de ser hazaña:
 el haverme competido,
 pidiendo està mi venganza.

Enrique. Injustamente, señor,
 competencia tuya llamas
 el rendimiento, si oiste,
 que mi lealtad intentaba
 vencerse por si, cediendo
 à tu respeto mi Dama.

Rey. En esto me competiste,
 no en quererla, no en amarla,
 que para esto en su hermosura
 tuviste la misma causa
 que yo, y aun sin la disculpa
 de aquella Real constancia,
 que nada el ànimo inmuta
 en las pasiones humanas.
 El amor, y la fortuna,
 respetando los Monarcas,
 lo que el muy diestro que juega
 con un Principe las armas,
 hace, que para mostrar
 quanto su poder alcanza,
 y por donde herir pudiera
 si con otro batallàra,
 no executa las heridas,
 solamente las señala.
 En quererte vencer tũ
 me competiste: ignorabas,
 que la mas heroica accion
 queda siempre reservada
 para el pecho mas heroico?
 Bueno fuera que contàran,
 que tũ te venciste à ti,
 y yo no pude, y quedàras
 tũ con la gloria de haver
 hecho la accion mas hidalga?
 Los Reyes son Reyes siempre,
 y las acciones mas altas,
 al mayor poder las tiene
 el destino decretadas:
 vencerse es lo mas dificil,
 y gloria mas soberana

es vencerme yo, que tũ,
 pues es, si bien lo reparas,
 mas dificil la victoria,
 que al mayor poder contrasta.
 Rey es quien à si vence,
 y no el que à los otros manda,
 que el valer contra si mucho,
 es mas digno de alabanza
 en los hombres: pues por què
 ambicioso imaginabas
 usurparme tũ una gloria,
 por dexarme una esperanza?
 Este tu delito ha sido,
 que de castigar oy trata
 mi grandeza, y no mi enojo,
 explicandose mi saña
 con hacer oy beneficios,
 à quien hacer intentaba
 à mi fama tal injuria;
 porque no hay mayor venganza
 para una ingrata nobleza,
 que convencerla de ingrata.
 El tiempo que libres fuimos,
 amè, servì, y quise à Juana
 con la libertad cortès,
 que permite nuestra Patria:
 y no siendo justo à un Rey,
 origen de quien dimana
 toda nobleza, ofender
 la suya, ni aun con las ansias,
 solamente he de acordarme,
 que la quise para honrarla:
 pues quien debe honrar à todos,
 què debe hacer con quien ama?
 Traedme una liga aqui,
 de quien penda la medalla
 de San Jorge, porque Enrique,
 quando con Juana se casa,
 hecho de mi mano quede
 Cavallero de la Vanda,
 que en honor de su muger,
 instituyò cortesana
 mi atencion. *Duque.* Señor, què dices?
 quando no consideràras,
 que la Condesa quedò
 conmigo capitulada,
 casarla con un Pintor,
 à quien no harà repugnancia?

Rey.

Rey. Enrique de Montgomerri
es de ran illustre casa
como vos; y demàs de esso,
por nobleza no bastaba
el ser de mi Jarretiera?

Enrique. Aun no acierto à hablar palabra
de confuso!

Sale el Criado con la Vanda.

Criado. Ya està aqui.

Rey. No es essa la que señala
mi afecto à Enrique, sino
la misma que el pecho esmalta
mío: ponedme à mi essa.

*Quita se el Rey su Vanda, y ponese la à
Enrique.*

Tù, Enrique, llega, y repara,
en que es la que te echo al cuello
la liga tan celebrada
de Juana, que restituyo
con tanto honor, gloria tanta,
y en ella pendiente aquella
joya fuya, porque en arras
se la dès; y de esta accion,
à voces dirà la fama,
que no el traerla yo al cuello,
ni hacer de ella tanta gala,
ni el darla à la nobleza
por illustre circunstancia,

sino el bolverla à su dueño,
quando la mirè casada,
es el Aprecio mayor
del Descuido de una Dama.

Juana. Quièn sino tù, de si mismo
tan alto triunfo lograra?

Morgàn. Señor, aun falta otra cosa:
saber que este mudo habla,
y que èl parlò quanto oyò.

Rey. Ya no importa.

Fenisa. Tù contabas
quanto yo hablaba, traidor?

Zerbin. Harto castigo me alcanza,
pues pierdo el ser sabandija,
cosa oy de tanta importancia.

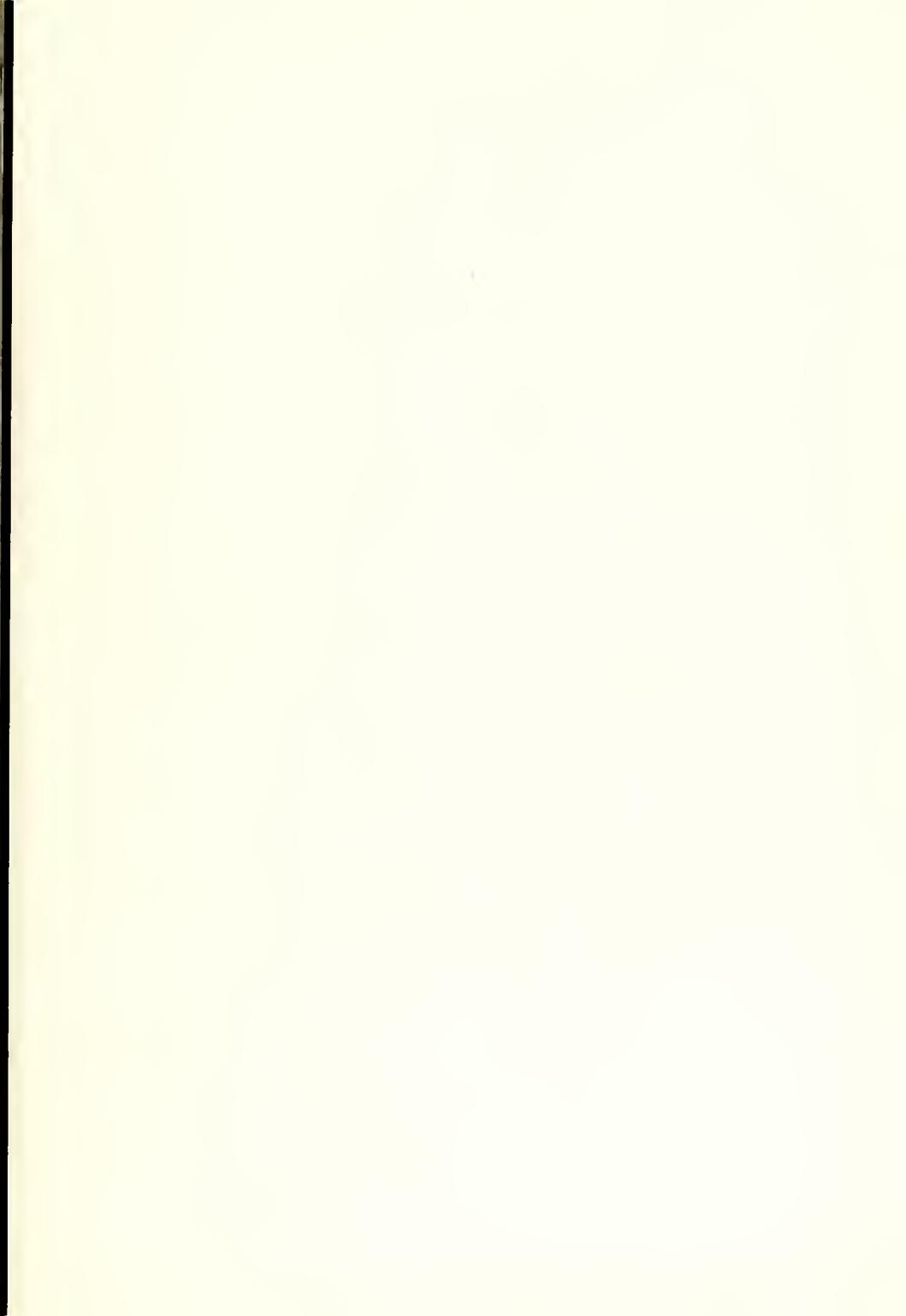
Duque. Pues, señor, con tu licencia,
perdida ya la esperanza
en Juana, pueda Enriqueta
restituir à mi casa
la sangre de vuestro tronco.

Milardi. Feliz soy! aqui me valga
la cordura.

Morgàn. Y aqui, puesto,
que la Comedia se acaba,
y no hay que hablar en ella,
solo os contarè, que aguarda
de la piedad el Ingenio,
que le perdoneis las faltas.

F I N.

Con Licencia, en VALENCIA, en la Imprenta de Joseph,
y Thomàs de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al
Real Colegio de Corpus Christi, en donde se hallarà
esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1771.



LIBRARY

**RARE BOOK
COLLECTION**



**THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T445
v.7
no.27

